Pascal Quignard

En ese jardín que amábamos

Traducción de Carlos Schilling

el cuenco de plata

extraterritorial

Pascal Quignard

En ese jardín que amábamos

Traducción de Carlos Schilling

el cuenco de plata

extraterritorial

Quignard, Pascal
En ese jardín que amábamos / Pascal Quignard - 1 ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El cuenco de plata, 2021.
144 p. ; 21 x 13 cm. - (teoría y ensayo)

Título original: *Dans ce jardin qu'on aimait*
Traducción de: Carlos Schilling

ISBN: 978-987-4489-36-4

1. Literatura Francesa. I. Schilling, Carlos, trad. II. Título
CDD 840.9

el cuenco de plata / extraterritorial

Director editorial: Edgardo Russo (1949-2015)
Edición y producción: Pablo Hernández y Julio Patricio Rovelli

© *Editions Grasset & Fasquelle*, 2017

© *El cuenco de plata*, 2021
Av. Rivadavia 1559, 3° "A" (1033) Buenos Aires, Argentina
www.elcuencodeplata.com.ar

Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication de l'Institut français

Esta obra cuenta con el apoyo de los Programas de ayudas a la publicación del Institut français

Hecho el depósito que indica la ley 11.723.
Impreso en marzo de 2021.

En ese jardín que amábamos

Prefacio

Cada año, a principios de diciembre, cuando las noches se hacen demasiado largas, en los momentos en que el petirrojo reaparece en invierno, frecuenta solitario el jardín y se vuelve el único dueño de la ribera, una depresión tóxica y suave, brumosa, insinuante, estacional, gira a mi alrededor como una nube liviana, y finalmente me atrapa. Después, se hace más densa. Se vuelve casi pesada, poco a poco se transforma en una verdadera tristeza. Entonces, necesito inventarme un objetivo. Necesito engañar al tiempo, llenar las horas, meterme en mi cama, doblar las almohadas, amontonar las frazadas, alejar el frío. Fue así como en 1989 me dieron ganas de contar la vida de un músico que me parecía poco conocido, quien había compuesto bellos dúos de violas en los años 1680. Se sabía su nombre –se llamaba Monsieur de Sainte-Colombe–, pero, entre escalofríos de fiebre, yo inventé su vida. Vivía apartado de la corte, en un refugio solitario, lejos de París, a orillas del Bièvre. Titulé ese conjunto

de fragmentos y recuerdos *Todas las mañanas del mundo*.

Veinticinco años después, en 2016, en los meses de octubre y noviembre, cuando regresan las lluvias y los resfríos, cuando la garganta vuelve a cerrarse, a arder y a toser, cuando los helechos se queman, cuando las hojas rojo sangre de la viña virgen vuelven a caer al costado del muro de la casa principal, cuando llueven las hojas doradas del arce, tuve la necesidad de burlar las largas noches de invierno y sentí de nuevo las ganas de contar la vida de otro músico que me parecía poco conocido, a quien yo tocaba mucho y por quien sentía una especie de veneración debido a su extraordinario amor a los pájaros. Por la belleza de la naturaleza, este eclesiástico había abandonado a Dios. Había acudido al llamado de los cantos del bosque y de las olas de los once lagos glaciares que rodeaban su casa y que formaban la figura de dos manos extrañas. Son los Finger Lakes, en el estado de Nueva York. Había anotado secuencias de música "salvaje" muy breves, muy singulares. Su nombre era Simeon Pease Cheney. Vivía en una casa parroquial aislada --no muy lejos del puerto de Nueva York-- en Geneseo. Murió en 1890.

Que yo sepa, el reverendo Cheney es el primer compositor que anotó todos los cantos de pájaros que escuchó trinar en el jardín de su parroquia, durante su ministerio, en los años que van desde 1860 a 1880.

Anotó hasta las gotas de la cañería mal cerrada que caían en la regadera apoyada sobre los adoquines de su patio.

Transcribió hasta el sonido particular que hacía el perchero del pasillo cuando el viento se embolsaba entre los pilotos y los abrigos invernales.

Me hechizó esa extraña casa parroquial que de pronto se volvió sonora y fui feliz en ese jardín animado por el amor que un hombre sentía hacia su mujer desaparecida.

* * *

Sólo un músico se tomó en serio la obra de Cheney: Dvorak.

Antonin Dvorak, mientras pasaba sus vacaciones en un pequeño pueblo de Iowa, sacó su reposera al pasto. Se dedicó todo el verano de 1893 a leer –con el alma completamente abierta, un portaminas entre los dedos de su mano y las líneas melódicas que surgían de sus labios– ese único libro póstumo de Cheney, *Wood Notes Wild*, que acababa de publicarse en edición del autor, gracias a los buenos oficios de su hija Rosemund, quien lo pagó con su escaso salario de profesora de canto y violonchelo.

Fue así como Dvorak escribió –simplemente leyendo el libro del pastor de Geneseo, tomando "notas" o, mejor dicho, extrayendo las notas de

los pájaros que poblaban sus árboles y su cañaveral– el admirable cuarteto de cuerdas n° 12.

* * *

Esta historia doble –la de un viejo músico apasionado por la música espontánea de la naturaleza indiferente a los hombres y el destino de una mujer soltera que desea difundir a toda costa la obra ignorada de su padre– adquirió en mí no la forma de un ensayo ni de una novela sino de una serie de escenas amplias, tristes, de acción lenta, refinadas, tranquilas, ceremoniosas, muy cercanas al teatro nô del mundo japonés de antaño.

* * *

Agradezco a Pascale Arauz Aubrun, quien en la biblioteca de la escuela normal superior de la calle Ulm me consiguió la copia de la edición original de Simeon Pease Cheney, *Wood Notes Wild, Notations of Bird Music*, Boston, 1892.

También quiero expresar mi gratitud a Stéphanie Boulard, de la Universidad de Georgia Tech, en Atlanta, por sus investigaciones sobre la vida de Simeon Pease Cheney en la Biblioteca del Congreso, en Washington.

* * *

En un primer momento yo sólo quería tocar incesantemente, una y otra vez, en medio de las brumas del otoño, con una felicidad hipnótica e ininterrumpida, las 261 páginas de esas "partituras de pájaros" que el reverendo de Geneseo había anotado en sus cuadernos, con su pluma y con su letra minúscula, cien años antes de que el enorme genio que fue Olivier Messiaen tuviera la misma idea en el jardín de Delamain.

Después esas páginas siguieron, ya en el Yonne, entre las neblinas desgarradas y los cisnes que vagaban por el agua en busca de un poco de pan.

* * *

Por último, quisiera transcribir la frase de Simeon Pease Cheney que figura en la página 3 de *Wood Notes Wild*, y que hizo que los ojos se me llenaran de lágrimas cuando la descubrí: "Even inanimate things have their music. Listen to the water dropping from a faucet into a bucket partially filled" (Incluso las cosas inanimadas poseen su música. Escuchen el agua de la canilla que gotea en el balde medio lleno). No he dejado de tocar esa extraña melodía que cae en el fondo de un balde. La incluí en el espectáculo *La Rive dans le noir* (La orilla en penumbras), que creé junto con Marie Vialle, con Tristan Plot, con una lechuza de seis meses y también con un cuervo de doce años, que se llamaba Ba Yo, en el festival

de Aviñón, a principios de julio de 2016, y durante toda la gira que siguió por París, Toulon, Malakoff, Tarbes, Tours, Bordeaux, Havre, Caen, Aix, Chateauroux, en los cuatro primeros meses de 2017.

Capítulo I

Yo imaginaba –en el fondo de mi refugio invernal– un escenario muy oscuro simplemente dividido en dos por una diagonal de luz.

Esta diagonal era como un largo ventanal de vidrio que generaba un efecto de espejo, separando el jardín del reverendo del salón de su casa parroquial.

Apenas en el exterior de esa diagonal que dividía el escenario oscuro: una regadera de lata.

Y apenas en el interior de esa diagonal: un perchero colmado de capas, gabardinas, sobretodos, algunos sombreros, un gorro de piel, un bastón para salir.

De ese modo un gran jardín se reflejaba como un espejismo sobre el vidrio.

En el interior del salón, del lado izquierdo, un antiguo piano recto, pequeño y ornamentado, fabricado en 1815 –en la época de la guerra entre Estados Unidos e Inglaterra–, con candelabros de latón o de cobre que enmarcaban el porta partituras y que le permitían al pastor trabajar, al

atardecer, por la noche, solo, después del oficio religioso.

Abría la puerta.

Llegaba en la oscuridad un anciano enjuto, con apenas unos pelos blancos sobre las orejas. El cráneo desnudo brilla bajo la luna.

Está vestido todo de negro. Sostiene sus anteojos redondos con marco de metal en una mano. En medio de la penumbra total se acerca al viejo piano a la izquierda.

Recoge una caja de fósforos. Enciende una por una, con paciencia, las velitas de cumpleaños en los candelabros articulados. Cuando los estira y los despliega en el espacio, las velitas proyectan sus luces sobre las hojas pentagramadas.

Este hombre oscuro en la oscuridad –a la vez anciano y casi invisible en la sombra y en el tiempo– se sienta en la banqueta del piano.

Inclinado, con la ayuda de sus viejos anteojos redondos de acero, descifra la vida que ha registrado e interpreta los breves fragmentos de las partituras que acaba de extender ante sus ojos. Ese ser oscuro y lento, casi inconsistente, es quien ayuda a que los muertos regresen.

EL RECITADOR

Un pastor norteamericano, en 1860, anotó los sonidos que las gotas de lluvia producen en la hierba y en los senderos de grava del jardín de la parroquia.

Durante meses, durante años, en cada estación, transcribe todos los cantos de los pájaros que vienen a anidar ahí o a posarse en las ramas o a camuflarse entre las hojas de los árboles.

Se llamaba Simeon Pease Cheney.

El reverendo Cheney vivía exactamente en la época en que el pastor Brontë terminaba sus días, cuando sus tres hijas y su hijo ya habían muerto.

El reverendo escribió en uno de sus más bellos sermones:

"Dice el Señor en Mateo XIII, 9:

¡Audiat! ¡Que oiga!

¡Quien tenga oídos, que oiga!

No sólo los pájaros cantan.

¡El balde, donde se vierte la lluvia que cae por la canaleta de zinc, cerca del peldaño de piedra de la cocina, es un salmo!

¡El arpegio amplio, remolinante, del perchero colmado de capas y de sombreros, en el invierno, cuando por un instante queda abierta la puerta de entrada en el pasillo de la casa parroquial, también es un Te Deum!"

Voy a tocarles el fragmento de música que hace el viento cuando se embolsa en el perchero del pasillo de la casa parroquial.

Entonces el recitador oscuro se vuelve un intérprete sombrío: levanta la tapa del teclado. Se ve la angosta banda de terciopelo bordada con hilo de seda que lo protege.

Es un largo listón suntuoso y suave que él quita.

Aparecen las teclas de marfil y sus fulgores, provenientes de los reflejos del ébano del viejo piano.

El reverendo enrolla lentamente alrededor de su mano izquierda la banda de terciopelo bordado. Ahora se muestra ante los ojos el reverso de raso verde.

Coloca ese conito de terciopelo y de seda sobre el estante del piano recto. Lo coloca al lado de un pequeño marco de madera, donde fue introducida la fotografía de Mrs. Eva Rosalba Vance Cheney, muerta al dar a luz cuando tenía veinticuatro años, cruzada por una corta cinta de seda negra.

De pronto inclina su cara.

Curva las manos por encima de las teclas, en el fulgor de las velas en medio de la oscuridad.

Deja que el silencio se instale.

Ataca. Interpreta la partitura completa de Simeon Pease Cheney que tiene ante los ojos.

EL RECITADOR

Paraguas, gabanes, abrigos,
gabardinas claras de primavera,
pesados sobretodos de invierno de cuello de marta o de cibelina,
capas con cuello de zorro,
sombreros altos, gorras de piel, guantes de cuero,
gruesos echarpes tejidos con paciencia,
cada uno de ustedes tiene su propio canto.
Es un susurro o un débil murmullo siempre singular que se propaga por el pasillo y llega hasta el salón,
un sonido fugaz que se desliza entre las telas,
una disonancia particular, sibilante, que nace entre las lanas y los fieltros,
que chifla en los impermeables negros y lisos o más amarillentos y encerados,
rumores que ahogan las pieles de los animales muertos y los pellejos de los conejos cosidos y zurcidos unos con otros.

Poco a poco la penumbra desaparece. Del jardín surge una luz pálida. A lo lejos, en el jardín, se ve llegar un hombre de 54 años, con una levita negra, el cuello blanco rígido, cerrado, y una barba larga, canosa y rectangular.

Así luce el reverendo Simeon Pease Cheney en la única copia fotográfica que se conserva de él. Se

Voy a tocarles el fragmento de música que hace el viento cuando se embolsa en el perchero del pasillo de la casa parroquial.

Entonces el recitador oscuro se vuelve un intérprete sombrío: levanta la tapa del teclado. Se ve la angosta banda de terciopelo bordada con hilo de seda que lo protege.

Es un largo listón suntuoso y suave que él quita.

Aparecen las teclas de marfil y sus fulgores, provenientes de los reflejos del ébano del viejo piano.

El reverendo enrolla lentamente alrededor de su mano izquierda la banda de terciopelo bordado. Ahora se muestra ante los ojos el reverso de raso verde.

Coloca ese conito de terciopelo y de seda sobre el estante del piano recto. Lo coloca al lado de un pequeño marco de madera, donde fue introducida la fotografía de Mrs. Eva Rosalba Vance Cheney, muerta al dar a luz cuando tenía veinticuatro años, cruzada por una corta cinta de seda negra.

De pronto inclina su cara.

Curva las manos por encima de las teclas, en el fulgor de las velas en medio de la oscuridad.

Deja que el silencio se instale.

Ataca. Interpreta la partitura completa de Simeon Pease Cheney que tiene ante los ojos.

EL RECITADOR

Paraguas, gabanes, abrigos,
gabardinas claras de primavera,
pesados sobretodos de invierno de cuello de marta o de cibelina,
capas con cuello de zorro,
sombreros altos, gorras de piel, guantes de cuero,
gruesos echarpes tejidos con paciencia,
cada uno de ustedes tiene su propio canto.
Es un susurro o un débil murmullo siempre singular que se propaga por el pasillo y llega hasta el salón,
un sonido fugaz que se desliza entre las telas,
una disonancia particular, sibilante, que nace entre las lanas y los fieltros,
que chifla en los impermeables negros y lisos o más amarillentos y encerados,
rumores que ahogan las pieles de los animales muertos y los pellejos de los conejos cosidos y zurcidos unos con otros.

Poco a poco la penumbra desaparece. Del jardín surge una luz pálida. A lo lejos, en el jardín, se ve llegar un hombre de 54 años, con una levita negra, el cuello blanco rígido, cerrado, y una barba larga, canosa y rectangular.

Así luce el reverendo Simeon Pease Cheney en la única copia fotográfica que se conserva de él. Se

parece a un magnífico daguerrotipo de Schelling, en 1848, en su salón de Berlín.

El reverendo sostiene entre sus manos un pichón de mirlo hembra herido que tiembla y se queja.

El pájaro oscuro trata de aletear un poco entre sus dedos. Simeon lo retiene cerrando las palmas de sus manos; se agacha, lo mete dentro de una pequeña jaula de madera en el borde del escenario; coloca al lado de la jaula un trocito de madera, saca del bolsillo de su levita un ovillo de cordel, se pone a fabricar una férula; de pronto, se interrumpe.

SIMEON

¡Pero antes tengo que preparar una buena papilla!

El reverendo se levanta, abandona el escenario por el lado izquierdo, entre las cortinas negras del telón que lo rodean.

Vuelve con un bol, en el que ha mezclado una papilla de migas de pan y leche dentro del pequeño recipiente de loza. Es evidente que está pensando en cualquier cosa menos en la cucharita con la que revuelve una y otra vez la papilla. Vaga por la habitación como un hombre que sueña, como un hombre que se entretiene consigo mismo, como un hombre que visita una antigua

casa, como un hombre que recuerda un universo y trata de llegar a él.

SIMEON

Ahí había un sillón grande, cerca de la ventana, cerca de la luz diurna.

Ahí, una butaca de terciopelo amarillo frente al fuego.

Me acuerdo perfectamente bien de esa época en que era feliz.

Era en 1842, 1843. Yo era feliz.

Era infinitamente feliz.

A decir verdad, mi joven esposa apenas había tenido tiempo de acomodar la casa parroquial. Enseguida se apasionó por el jardín. Se ocupó de él durante toda la primavera.

Una sola primavera. En la primavera siguiente…

El reverendo rompe en llanto. Trata de sentarse.

Se sienta cerca del recitador, en la banqueta del piano, con el bol en la mano.

SIMEON

Murió en la primavera siguiente al dar a luz una niña, a la que llamamos Rosemund. Se murió en la cama justo después de parir.

Desde la cama, a través de la ventana, ella veía brotar la segunda primavera de nuestra vida conyugal.

Los pájaros empezaban a cantar.

Ella quedó literalmente *encantada* cuando descubrió la amplitud del jardín, que llega hasta el bosquecito, hasta el estanque.

Mi mujer se pasaba el día afuera. En realidad, yo me ocupaba de la casa, cocinaba, y permanecía en mi escritorio para escribir mis sermones, y también abría la puerta ventana del salón para recibir a los feligreses.

Yo preparaba el té, ofrecía las galletas untadas con manteca y crocantes de azúcar, los bizcochos, las lenguas de gato, los panes especiados, el budín de los días festivos. Ella, ella estaba siempre metida en el jardín. Era feliz empujando su carretilla, con su pala en la mano, sus tijeras, su podón, su regadera…

EL RECITADOR

Ella recogió sus cabellos bajo el sombrero de paja.

En el extremo del jardín,

ahí donde los sauces se juntan, los avellanos se entrelazan con los espinos,

ahí donde los pies tropiezan con las plantas de menta,

a un metro o a un metro y medio del estanque,
en presencia de la familia,
fue vaciada la urna.

En el estanque,
él ha arrojado a su mujer.
El esposo ha vertido suavemente en el agua las cenizas de su amada.
ha vertido su mirada
ha diseminado su aliento,
se subió al bote amarrado con una cadena a la orilla,
y con una mano alzada esparció la vida de ella aún tibia, su cuerpo casi intacto aún sobre la superficie gris en el agua sombría,
cerca del remo negro.
Las cenizas dispersas en la brisa del atardecer se fueron humedeciendo poco a poco,
lentamente, lentamente, en contacto con el agua,
y después se hundieron.
Progresivamente desaparecieron bajo el agua donde los pequeños alburnos y los pequeños gobios abrían sus labios.
Los peces tienen los labios extrañamente blancos e inflamados.
Así fue como una mujer joven, muy bella, de pelo castaño, desapareció bajo la superficie serena y gris.

Acababa de dar luz a una niña
que se quedó sola en la habitación
en su cuna.

Así fue como una joven madre desapareció bajo los reflejos inmóviles de las ramas proyectados por los árboles,

desapareció bajo los reflejos de las nubes blancas que pasan sobre el estanque donde sus formas se replican,

desapareció bajo los reflejos de los rayos dorados del sol que se filtran a través de las hojas.

Ha desaparecido la mujer que amas
en la laguna,
cerca del bote,
en el centro del jardín que amaba.

Frente al gran macizo de rosas que ella plantó –imposible hablar.

Frente al árbol que plantó debido a su nombre, Eva Rosalba Vance Cheney, el serbal de los cazadores,

cerca del roble, la robinia,

los sauces, los avellanos, los juncos, al lado del angosto sendero de la ribera –imposible irse de ahí.

Imposible irse de ahí, me siento en el banco hasta que la noche me envuelve.

No me siento infeliz en el fondo de mi tristeza.
Incluso, por decirlo así, me siento encantado
en este jardín que amábamos.
En este jardín que amamos y en el canto que permanece, soy feliz.

Incluso, soy realmente feliz en el jardín que ella amaba, porque cuando estoy en su jardín, me siento como contenido en ella,
estoy adentro de ella,
viva
Vivo.

El reverendo se para en la oscuridad. Vuelve a revolver con su cuchara en el pequeño bol lleno de pasta.

SIMEON

Mi esposa tenía pequeños senos blancos curvados. Tenía hermosos cabellos castaños con reflejos rojos y oscuros.
Después de comer, le gustaba fumar cigarrillos provenientes de las Antillas.
Dejaba que el humo recorriera todo su trayecto hasta el fondo de su cuerpo esbelto, detrás de su corsé, bajo su collar, bajo sus senos curvos, redondos y suaves.
Después de un buen rato, su boca maravillosa dejaba salir el humo pálido,

lentamente, sin soplar,

primero lo hacía pasar por el círculo de sus labios entreabiertos.

Los espirales grises y amarillentos se enrulaban en sus mejillas redondas,

bordeaban su oreja lentamente,

el lóbulo, después el pabellón,

se deslizaban entre los bucles castaños, rojos y negros de sus cabellos,

y ahí las volutas se inmovilizaban exactamente igual que la bruma en las espinas de los arbustos que bordean la ribera y la detienen,

y ella, ella, ella,

ella no sé qué soñaba.

Siempre se paraba muy derecha.

Y se mantiene siempre muy derecha en mi alma, Eva Rosalba Vance Cheney. Tiene veinticuatro años. Es tan alta y delgada. Tiene un lunar en su hombro.

Pesaba cincuenta y siete kilos, tal vez cincuenta y ocho, tal vez sesenta.

Sus cabellos marrones y rojos siempre olían un poco a naranjas y al perfume de las moras y del tabaco proveniente de las Antillas.

Las puntas de sus dedos, en el extremo de sus manos alargadas, apenas sobresalían de las mangas de los gruesos pulóveres de lana que ella misma se tejía para poder trabajar en el jardín tanto en invierno como en verano.

Usaba una especie de pantalón masculino cuyos bolsillos quedaban a la altura de sus rodillas.

Un humilde pantalón de tela azul que ella ni siquiera se preocupaba por planchar.

Tenía los dobladillos cubiertos de tierra.

El reverendo se halla cerca de la jaula donde está el pichón de mirlo hembra negro herido.

Se arrodilla, abre la puerta.

Le da de comer al pájaro, que emite breves gritos de júbilo y saciedad.

Un rato después, vuelve a pararse.

SIMEON

Todas las mañanas, a las nueve y media, Eva volvía, se preparaba algo para engañar el estómago, comía un huevo frito, y se servía un poco de vino en un vaso.

Verduras cocidas frías.

A veces comía un alcaucil y colocaba las hojas frente a ella, tranquilamente, en un bol.

La veo.

Esparce en el borde del plato un poco de sal de mar.

Al anochecer, como aperitivo, tras haber preparado la cena, mientras esperaba que yo volviera de la iglesia o del correo de Geneseo, o de la farmacia, o de la casa de uno de mis feligreses, o de

la oficina del comisario, ella comía seis almendras. Nunca una de más.

Si encontraba una almendra doble, me guardaba la parte más grande, la mitad de la pepita retorcida. La masticábamos juntos pidiendo un deseo. Ella me servía una copa de vino crudo del granjero del pueblo. Yo me abalanzaba sobre las almendras asadas. Las rociaba con sal. Le decía:

–Come un poco. Un golpe de viento te volará.

Ella respondía:

–¿Por qué un golpe de viento? Basta con que abras la puerta del jardín.

Capítulo II

Bruscamente la luz del mediodía inunda el fondo del escenario.

Rosemund Cheney aparece en bicicleta.

Frena, apoya el vehículo sobre su pie metálico, del canasto trasero saca una bolsa de almacén marrón.

Tiene veintiocho años. Regresa del almacén-farmacia de Geneseo.

La joven atraviesa la puerta ventana que quedó abierta. Coloca todo lo que ha comprado sobre la mesa. Comenta sus compras.

ROSEMUND

Es un nuevo pan de jabón. Huele a esencia de tomillo.

La hija del reverendo Simeon Pease Cheney alza el pan de jabón.

Miss Rosemund Eva Cheney se lo muestra a su padre.

ROSEMUND

¡Papá! ¡Huele esto!

El reverendo se acerca a su hija.

SIMEON

Sí, mi pequeña.

ROSEMUND

Siente qué bien huele.

Ella pone el pan de jabón bajo la nariz de su padre.

El reverendo olfatea, no parece demasiado convencido.

SIMEON

Veo, veo.

ROSEMUND

A mí me encanta.

No sé dónde leí que el almizcle, el ámbar gris, el clavo de olor, la rosa de Damasco, la madera de sándalo, son el único peregrinaje que puede consentirse una vida humana.

Cinco estaciones, cinco aromas. Ni uno más.

SIMEON

¡Repítelo!

La joven cuenta. Se ayuda con los cinco dedos de la mano.

ROSEMUND

1 El almizcle; 2 el ámbar gris; 3 el clavo de olor; 4 la rosa de Damasco; 5 la madera de sándalo.

SIMEON

¡No es muy devoto tu peregrinaje!

ROSEMUND

No dije que estuviera escrito en el Evangelio. Es pura y simplemente científico. Lo leí en un artículo, esta mañana, en el diario local de la municipalidad de Geneseo.

SIMEON

¡Rosemund!

ROSEMUND

Sí.

SIMEON

Rosemund, hija mía.

ROSEMUND

Sí.

SIMEON

Quisiera que partas.

ROSEMUND

¿Que parta?

SIMEON

Sí.

ROSEMUND

¿Que me vaya?

SIMEON

Sí.

ROSEMUND

¿Que abandone la casa?

SIMEON

Sí

ROSEMUND

¿Se puede saber por qué?

SIMEON

No quiero verte más.

Todo el escenario queda sumido de pronto en la oscuridad más pura y densa.

EL RECITADOR

Las mosquitas revoloteaban por todas partes y morían. Había llovido durante todo el día. Era una lluvia extraña, caliente, vertical, sin que un mínimo soplo de viento modificara la precipitación sobre los ciclámenes aplastados y el pasto.

Pero, curiosamente, esa lluvia lenta no molestaba a los pájaros que volaban.

A lo largo del sendero, en los arbustos, bajo el follaje que dejó el verano, en las ramas inferiores de los árboles, los pájaros siguen cantando.

Sin embargo, cada año, con la llegada del otoño, algo en su canto, algo en su melodía, se altera.

Algo se calla de forma progresiva, se desarticula, se derrumba en el otoño.

No sé cómo expresar lo que siento ahora, cuando les hablo desde la oscuridad.

Lo que brilla fulgura aún, pero el sol está cayendo y es menos dorado.

Su luminiscencia es más débil y sin embargo las sombras que produce son más largas detrás de los cuerpos, los troncos, los árboles, los aljibes, la tapia baja que rodea al jardín.

El agua del río es más fresca.

¡Las regaderas se volvieron tan inútiles!

Uno se pone a pensar: ¿para qué existen las regaderas cuando llueve así?

Las mejillas del padre están frías cuando su hija mayor se acerca al anochecer y las besa. Incluso su barba está más fresca, más erizada, más áspera.

El pasto está húmedo y las suelas del padre y de la hija que entran por la puerta ventana dejan huellas por todas partes en las baldosas.

La nariz gotea.

Se siente un delicioso aroma de champiñones cuando uno camina afuera o cuando regresa en dirección a la casa y remueve un poco de tierra a cada paso.

Es un perfume de musgos, de hojas mojadas, de helechos quemados, de babosa y de cerveza.

Adherida a la tapia del jardín, no bien la toca un débil rayo de sol, la hiedra huele a miel.

Solos, los pájaros nocturnos ensayan, sin demasiadas variaciones, sus trinos muy bajos, muy hermosos, muy humildes, muy apagados, muy breves.

Fragmentos sonoros que parecen interrumpidos, frenados de pronto ante el invierno que se acerca.

Melodías que ya parecen entumecidas.

El viejo músico casi invisible toca en el piano el grito característico de la lechuza en la notación de Simeon Pease Cheney.

Los acordes desgarradores se apagan en la noche que termina.

El alba llega de modo gradual, en silencio, al jardín, del lado derecho. Rosemund Cheney aparece con su valija, la coloca delante del ventanal apenas tocado por lo rosado del alba.

Coloca su valija muy cerca de la regadera.

La joven se vuelve hacia su padre sentado en el sillón, medio dormido, en la penumbra final de la noche.

ROSEMUND

¿Podemos hablar?

El reverendo, hirsuto, en camisón, calzado con pantuflas, se frota los ojos.

Parece fatigado. Se incorpora en el gran sillón.

De pronto, se ve desbordado.

SIMEON

¿Es necesario?

ROSEMUND

Sí, es necesario.

Rosemund se agacha delante de su padre, toma sus manos. Le suplica. Le habla en voz baja.

ROSEMUND

Papá, ¿qué hice?

SIMEON

Nada. No hiciste nada.

ROSEMUND

¿Y entonces por qué me echas?

SIMEON

Te lo aseguro. Te lo aseguro, mi florcita. No hiciste nada malo, mi niña...

ROSEMUND

¿Y entonces por qué me dices de pronto: váyase, hija mía, desaparezca de mi vista?

SIMEON

Es más o menos lo que dije.

La hija suelta las manos del padre y se tapa con ellas los ojos.

Comienza a llorar en silencio, un rato largo, sentada en el piso, dentro del círculo de su vestido, a los pies del padre.

En el fondo del escenario, del lado derecho, dentro del jardín, se insinúa el alba, cada vez más rosada.

ROSEMUND

¿Por qué, entonces? ¿Por qué ya no me quieres?

SIMEON

Sí, te quiero

ROSEMUND

¿Y entonces?

Otra vez, un largo silencio, que dura hasta que la oscuridad se disipa del todo y se hace de día.

Rosemund eleva su rostro hacia Simeon.

La joven mira a su padre a la luz del alba que poco a poco se extiende sobre ellos.

Él también la mira.

El vestido y el chaleco enrojecen lentamente en la mañana.

La joven es magnífica.

SIMEON

¿De verdad quieres hablar de eso, mi niña?

ROSEMUND

Sí, lo necesito.

SIMEON

¿Cuántos años vas a cumplir?

ROSEMUND

Veintiocho años.

SIMEON

¿Qué edad tenía tu madre cuando murió?

ROSEMUND

Veinticuatro años.

SIMEON

Ese es el motivo. Ya eres más grande que tu madre cuando murió repentinamente. El día en que murió en mis brazos, tú naciste. Ni siquiera tuvo tiempo de amamantarte…

Su voz se quiebra.

El reverendo habla cada más fuerte, más y más fuerte. Se para.

SIMEON

Y además, cada día te pareces más a ella.

¡Te pareces –con retraso– más y más! (Grita.) No te imaginas lo difícil que es verte viva.

Me resulta incluso intolerable, no porque yo tenga que envejecer, ni porque yo tenga que morir, sino verte envejecer.

Rosemund grita de dolor un rato largo.

Se pone en cuatro patas, y luego también se para, da vueltas por el salón de la casa parroquial, que se ha vuelto completamente roja al amanecer.

ROSEMUND

¡Tan insoportable es ver viva a tu hija!

Inmóvil, en su holgado camisón blanco, como si fuera una especie de espectro en la aurora, el padre mira a la hija dar vueltas alrededor de sí misma como un tigre en una jaula, como una oveja en una jaula, en medio del salón, desconsolada.

De pronto, él la agarra entre sus brazos y detiene esa danza.

SIMEON

Yo amaba a tu madre.

ROSEMUND

Pero a mí no me amas.

SIMEON

Ay, Rosemund. Amar a una mujer no es lo mismo que amar a una hija. Es algo que sin dudas puedes comprender. ¿Aún eres demasiado ingenua para poder comprenderlo? No es que no te ame, mi florcita, mi niña. Es que soy prisionero de otro laberinto. Un laberinto en el que no estás. Un laberinto del que debes escapar.

Una casa parroquial que debes abandonar.

Un jardín del que debes liberarte.

El maravilloso jardín de mi esposa, para mí, se ha convertido en una *cárcel* de la que debes escapar.

¿Cárcel? Oh, mi laberinto de boj, de avellanos, de espinos, de río y de juncos, donde, yo, yo, soy tan feliz.

ROSEMUND

¿Feliz, tú?

SIMEON

Cada vez más feliz.

ROSEMUND

No entiendo nada de lo que me dices.

SIMEON

Esta casa es mi laberinto. Este jardín es mi laberinto. No es ella, tu madre, Eva, en persona, por supuesto, no estoy loco. Sino es este jardín, que ella ha creado, su rostro.

¡Pues un jardín es un rostro!

No es sólo un parterre con flores. No es sólo una huerta. No es ni siquiera una reserva de lirios, de crisantemos y de gladiolos magníficos que uno corta para colocar en los floreros de las capillas en honor de los santos mártires del calendario,

sobre el manto del altar en honor al sacrificio de Nuestro Señor,

sobre la losa de las tumbas en honor a los parientes muertos.

Es un rostro maravilloso que nunca envejece.

Un rostro maravilloso que incluso rejuvenece todos los días.

Más bello todas las estaciones.

Dédalo cada vez más bello en el que me pierdo.

Y del cual conservo todos los olores.

Multiplico los colores.

Guardo cada una de sus semillas en sobres, en los cuales anoto sus nombres científicos.

Y del cual me he puesto a anotar todos los cantos que vibran y viven sobre las ramas.

ROSEMUND

Yo no existo. Eso me hace daño.

SIMEON

Claro que entiendo lo que puedes sentir, Rosemund. Mejor dicho, imagino lo que tú *no puedes* imaginar. Por eso creo que lo mejor es que te vayas. Podrías dedicarte a enseñar solfeo, piano y canto en cualquier otro pueblo. Podrías enseñar en Rochester. Podrías enseñar en Meredith. Incluso podrías enseñar en el pequeño puerto de Nueva York, frente al océano Atlántico. Envejeces. Vas a terminar siendo una anciana. Vas a amargarte. ¡Vete! No te necesito. Nunca te necesité. Vete. Vete.

ROSEMUND

Te estás volviendo loco. Me hablas de un jardín museo que no tiene nada que ver conmigo. Es un mal pretexto. ¿Acaso quieres casarte con alguien?

SIMEON

No, claro que no.

ROSEMUND

¿Por qué no volviste a casarte?

SIMEON

Sólo la amaba a ella. Sólo la amo a ella. No sé cómo explicártelo. El amor no se explica. Te digo que el amor puede ser absoluto. El amor puede ser interminable. La mujer que amamos puede no tener ninguna rival posible. Déjame con ella ahora.

ROSEMUND

Pero, papá, te estás volviendo loco. No sé si te das cuenta de lo que estás haciendo. ¡Me echas porque mi madre murió hace treinta años!

SIMEON

Hace 28 años.

ROSEMUND

Hace 28 años. Eres un viejo loco.

SIMEON

Sí.

ROSEMUND

¿Hay algo peor para una hija que ser echada por su padre?

SIMEON

Sin dudas. Tal vez. Escucha.

Va a ser aún más doloroso de oír, pero escucha.

En verdad, en el fondo del duelo, toda muerte tiene una causa. Tú eres esa causa. Sin ti, ella viviría.

ROSEMUND

Eres cruel.

SIMEON

En realidad, no tuviste mucho que ver. Naciste.

Pero incluso sin tener nada que ver, naciste, mi niña.

Y te has vuelto demasiado bella a mis ojos.

Tal vez te has vuelto más bella que tu madre.

Más bella que tu madre en la foto apoyada en el piano. En el fondo de mi alma, ella está celosa. Superaste su edad. Te volviste una especie de enemiga.

ROSEMUND

Es absurdo.

SIMEON

No, no carece de razón, hija mía, te lo juro. Siento lo que digo.

El reverendo se calla de pronto.
Vuelve a su sillón.
Se sienta en el sillón y guarda silencio. Está agotado.

ROSEMUND

Me quieres lejos de ti.

SIMEON

Sí.
Te quiero lejos de aquí.
Y en otra parte.

Rosemund Cheney se larga a llorar suavemente, como un arroyo que fluye entre las hierbas, sin cubrirse los ojos.

Sin pudor, avanza llorando, se acerca a la jaula donde se halla el mirlo hembra herido, en el borde del escenario.

Se agacha. Agarra la jaula con las dos manos. La abraza contra sus senos.

EL RECITADOR

El alma humana intuye que hay una joya escondida debajo de las pieles, de los caparazones, del plumaje, de la ropa.

Corazoncito,
pobre pájaro que apenas canta bajo la piel,
pero que tiembla, que palpita bajo el pecho.
Pobre pájaro que se acurruca entre las piernas
y que de pronto se mueve.

Incluso el cuerpo de una joven muy púdica no puede vivir siempre cubierto.

No se puede sustituir siempre a la madre en la mente del padre.

No se lo puede servir siempre.

Las hijas no tienen que oficiar de viudas de los padres que se han vuelto solitarios.

Cocineras para prepararles la comida, domésticas para sus necesidades, enfermeras para sus dolores.

SIMEON

¡Te llevas la jaula!

ROSEMUND

Sí. Me llevo este pájaro y me llevo esta jaula. Me dijiste que mamá había comprado esta jaula para mí.

SIMEON

Hace veintiocho años.

ROSEMUND

¡Tú tienes los pájaros del jardín!

SIMEON

Sí.

Ella va a dejar la caja con el mirlo hembra negro cerca de su valija.

Gira hacia su padre en un repentino ataque de orgullo.

ROSEMUND

Igual quería marcharme. Pensaba ir a enseñar música a una gran ciudad.

¡No me imagino (con una violencia repentina) el resto de mi vida tocándome sola, hundida en la cama, con miedo a que me escuches!

SIMEON

¿Por qué hablas así? ¿Por qué le hablas así a tu padre?

ROSEMUND

Desde que era niña tengo la sensación de que no existo. Cuando entro en la habitación en la que trabajas siento que no estás ahí.

Cuando entro en la casa no entro en mi casa.

Soy como una invitada.

A veces tengo ganas de golpear las manos desde la reja. Es terrible.

SIMEON

Es cierto, a menudo estoy ausente de lo que tú vives. Incluso voy a decirte, mi niña, que eres mi niña pero que eso no me interesa. Tu vida no es mi vida. ¡Ella es mi vida! La amo. No quiero frustrar su recuerdo. Estoy bajo su mirada.

No quiero dejar morir su muerte.

Era tan alegre, tan decidida, tan independiente, tan potente.

¡Tan alta, tan esbelta, tan hermosa!

Tal vez la protejo, sabes. La sostengo.

¡Pienso que la hago vivir mucho más de lo que vivió!

Quiero quedarme solo en el lugar que ella más amó.

Su jardín, sus juncales, sus rosales, su barca, su alimento, sus manías, sus recetas, sus luces…

ROSEMUND

¿Y a mí? ¿Acaso ella no me amó a mí?

SIMEON

¡Una hora! ¡Hijita! Fuiste deseada nueve meses y amada una hora. ¿Qué es una hora? ¿Te acuerdas de esa hora?

ROSEMUND

No.

Tú no te despediste muy rápido, papá.

SIMEON

Tal vez. Pero mira, Rosemund; mírate, Rosemund.

El reverendo se para de pronto, corre por el escenario en camisón, agarra a su hija de los hombros y la lleva a la fuerza frente a la diagonal de luz que refleja su silueta como si el vidrio fuera un espejo.

La obliga a mirarse en ese espejo.

ROSEMUND

¿Y qué? ¡No está nada mal!¡Soy yo! ¡Soy Rosemund!

SIMEON

No (en voz baja), no eres tú. Tú eres sublime. Pero no eres tú. No. Es la mujer de la que naciste la que veo en el espejo vacío.

El reverendo está agitado.

Va a buscar algo a la izquierda del escenario, detrás del piano, en la oscuridad.

Vuelve con un cofre de carey, hace sentar a su hija de un modo solemne en el sillón donde él estaba sentado antes.

Abre el cofre de carey.

Saca los objetos uno por uno.

Los cuenta.

SIMEON

Te doy:

1 La pulsera de recién nacida que tu madre mandó a hacer antes de que la mataras.

2 La medalla de tu bautismo, hace veintiocho años.

3 El vasito de plata que te regaló tu madrina Tessy.

4. El posa huevos grabado con las iniciales de tu nombre que por mi culpa contiene el nombre de ella, Eva.

5. El collarcito de oro de tu sagrada comunión.

6. Todas las joyas de tu madre salvo las que tenía puestas en su cuello, en su muñeca, en los dedos de su mano cuando la muerte la sorprendió de pronto en la cama del dormitorio al lado de tu cuna.

Rosemund no dice ni una palabra.

Mira un rato largo a su padre en silencio.

Tiende sus manos, recoge el cofre de carey y se para.

Rosemund se dirige hacia la puerta ventana, se agacha de nuevo cerca de la regadera, vuelve a abrir la valija, acomoda el cofre de carey en el fondo de la valija, la vuelve a cerrar, se para otra vez.

Toma la valija con una de sus manos y con la otra sujeta el mango de la jaula.

Atraviesa la diagonal de luz.

Se marcha en medio de la clara luz del alba. Rosemund toma la diligencia matinal.

Capítulo III

El escenario está oscuro. Es una oscuridad total.

¡Qué extraña sustancia es la noche cada día!

¡Qué materia singular impregna la naturaleza y se traga al mundo!

Al final de cada día, esa oscuridad naciente no parece terminar cuando uno fija los ojos en el extremo del espacio.

Al principio del invierno, tememos que la noche sea más densa. Amenaza con no interrumpirse jamás y volverse infinita.

EL RECITADOR

Él se quedó solo. Ya no se ocupaba mucho de los feligreses y de las feligresas. Era feliz.

Se sentía extraordinariamente libre

No le alcanzaban las horas del día para anotar en sus libretas y en las pequeñas hojas de las partituras todo lo que le encantaba.

Anotaba el chapoteo de la lluvia en la laguna.

El tintineo de la cadena de hierro del aljibe que golpea contra la extraña campana del balde vacío que desciende en la penumbra vertical del círculo de piedras.

Anotaba el golpeteo de la puerta del retrete, hecha con tablas cinceladas de madera, en la entrada del jardín, cerca del compost, que empieza a golpear no bien sopla el viento, y el cerrojo de latón que tintinea cuando uno la cierra por dentro y se agacha sobre el cuenco de la bacinilla.

Reproduce los múltiples y minúsculos átomos de sonidos del chisporroteo del fuego,

la madera que restalla

y el repentino impulso de las llamas que se alargan cuando la leña de pronto deja de estar húmeda, cuando arde, en un gran soplo imprevisible, en el fondo del hogar, como un dios que pasa.

Escribió sus recuerdos, sus rememoraciones, que sólo él conocía y dedicadas a ella sola, escenas mínimas y secretas.

Casi siempre escribía con los ojos empapados de lágrimas.

El roce de las polleras, de los vestidos, de las ropas que se separan del vientre cuando uno desata los cordones, y caen pesadamente sobre el parquet del dormitorio matrimonial.

La gran llama pálida del maravilloso cuerpo femenino que se erige sobre las telas caídas y las pasa por encima.

De pronto los zapatos que se deslizan con un ruido breve y sordo.

Imprevistamente, en medio de la noche, la orina de la mujer amada que chorrea en el recipiente de loza luego de que ella levantó la tapa de madera en el rincón del muro.

Es posible que la audición humana perciba melodías detrás de una sucesión de sonidos del mismo modo en que el alma humana percibe narraciones en el fondo de los sueños más caóticos.

Del mismo modo en que la especie humana alucinó siluetas de animales en los astros nocturnos cuando levantó el rostro en medio de las tinieblas, en aquellos primeros días en que los hombres se separaban de los animales y en que los animales asediaban a los hombres que los devoraban y animaban los dibujos de los hombres que los veían volver en sueños con reproches terroríficos.

¿Cómo esos fantasmas de sentido, que de ningún modo se vinculan con los elementos de la realidad, extraen su belleza de las imágenes irresistibles que ofrecen a nuestros ojos durante la noche?

Esas fosforescencias, esos brillos, esas formas inestables que se transforman solas, espontáneamente, sideran por largo tiempo a quienes las ven contra su voluntad mientras duermen.

¿Por qué evadirían la violencia de las emociones que provocan?

¿E, incluso, en qué se diferencian de los movimientos extraños y solemnes de las danzas en las que se transportan bajo las alas de las abejas o bajo los talones de los niños, en las patas traseras de los conejos que saltan, en las largas zancadas de las mujeres que corren por la calle hacia su amor, en el trasero tembloroso y las colas estremecidas de los gatos que se aprestan a saltar en un instante para ocupar con la máxima elegancia posible, como pájaros con pelaje, las ramas, las canaletas, las chimeneas o los techos, a los que nosotros, los hombres, no podemos llegar?

El escenario pasa de negro a blanco. Él decía: Una lentezza meditata. Se trata de un blanco espeso como el arroz o como la harina. Como el blanco con el que el pintor Giorgio Morandi salpicaba las flores vivas, los jarrones y los vasos antes de empezar a pintarlos, en las dos piecitas de su atelier, sobre la colina suave y serena que desciende hacia el centro de la ciudad de Bologna.

El rector de la parroquia de Genesco empuja la verja y atraviesa el jardín nevado.

Simeon cuelga en el perchero su capa cubierta de nieve.

Revisa la capucha de piel. La golpea con el dorso de su mano. Sacude la nieve.

Va a arreglarse el pelo concienzudamente frente a la línea de luz. Se palpa su ropa.

SIMEON

Tengo que cambiarme. Mis hombros están húmedos. Tengo la espalda congelada.

EL RECITADOR

Tiene que cambiarse. Sus hombros y sus omóplatos están congelados. Su levita está completamente desgastada, pero de ninguna manera quiere comprar una nueva. Tiene la espalda muy fría. Ya no hay nadie ahí que se ocupe durante el día, ni durante la noche, en la oscuridad sin fin de la noche, de la casa del reverendo de la parroquia de Geneseo, quien se ha vuelto una especie de ermitaño solitario. Ya no hay nadie ahí para remendar o para bordar los codos de sus mangas. Ya no hay nadie ahí para para planchar y para blanquear el cuello de su camisa.

El reverendo saca el reloj redondo de cristal curvo de un bolsillo y lo coloca sobre el antiguo piano recto.

SIMEON

Son apenas las cinco. Y ya no se ve nada. ¡Qué invierno tan frío! Es la hora de calentar el agua del té, y hay que prender las velas del piano del presidente Jackson.

El reverendo recoge la caja de fósforos, desliza la tapa, toma un fósforo de madera, raspa el fósforo, prende una por una las velitas sobre los candeleros de cobre que enmarcan a las partituras. Deja la caja de fósforos en la parte superior del piano. Su mirada se detiene en la fotografía apoyada sobre el viejo piano recto que data de la guerra contra los Ingleses.

Sostiene en sus manos el pequeño marco de boj, cruzado con una cinta negra.

Acerca a sus ojos la reproducción del bello rostro de su esposa que por entonces tenía veintitrés años.

EL RECITADOR

Él contempla el bello rostro de su esposa a los veintitrés años.

Parece callarse contemplando el antiguo retrato. En realidad, las palabras corcovean en su interior. Balbucean y se empujan en su interior cosas que se asemejan a esta frase: Oh esposa mía, que moriste en la cama de nuestro dormitorio al dar a luz a tu hijita, nosotros apenas nos conocimos

Me hubiera encantado amarte tanto como te amo, pero viva.

Me hubiera encantado amarte mucho tiempo viva

Me hubiera encantado amarte toda mi vida.

Borrado una y otra vez, el camino
donde nuestros pies se hundían en el parterre del jardín en los últimos días,
cuando estabas tan embarazada, tan pesada,
con una panza tan enorme que la sostenías con tus manos protegidas por manoplas,
pequeñas manoplas tan rosadas como tu nombre,
Eva Rosalba Vance,
mientras pataleabas en el barro,
bajo la borrasca de nieve.
Las huellas de nuestros zapatos se borraban enseguida entre los copos granulosos que caían y que acumulaban silencio.
No volviste viva de los gritos que proferías
cuando la partera sacaba de ti esa niña minúscula.

El pastor se quita su levita, desabotona su camisa.
Con el torso desnudo, se pone un camisón que saca del armario.
Ahora saca del armario las ropas de su esposa. Coloca las antiguas vestimentas de su esposa sobre la mesa.

SIMEON

Amaba tanto este vestido.

EL RECITADOR

Los sueños no son sólo deseos que se liberan de los obstáculos del día,

o que engañan el hambre que uno puede sentir mientras duerme y que amenaza con despertarnos,

o que alejan la sed de la garganta,

o que burlan los impulsos repentinos, las impaciencias inexplicables que surgen del cuerpo.

¿Qué son los sueños?

Los sueños son sobre todo regresos,

extrañas recurrencias en las que aquello que se ha vuelto invisible reaparece como visible sin por eso alcanzar la realidad o el día.

Misteriosos renacimientos en los que la forma de los cuerpos se eleva de sus cenizas.

En los que los brotes atraviesan la capa de granizo como los tallos del helecho la superficie de la nieve.

En los que los rostros ausentes retornan en las llamas de las velas,

en los que los seres desaparecidos tiemblan en las llamas ardientes de los cirios en la oscuridad de la nave,

o tiemblan bajo el fulgor de la luna en cuarto creciente en el cielo oscuro.

¡Qué misteriosa marea ascendente forman esas imágenes que uno quisiera dejar de ver y que nos acosan,

impulsadas por un viento tan intangible como invulnerable,

del que resulta imposible protegerse de ninguna manera,

tan inatrapable, tan inconsistente como imprevisible!

El esposo devenido viudo extiende el viejo pulóver a cuadros que su esposa acostumbraba usar para ir al jardín, sacude el viejo pantalón áspero y azul con los dobladillos aún manchados de tierra.

Lo golpea. Lo golpea para sacudir el polvo, las briznas de musgo, los fragmentos de hojas de esa ropa vieja.

SIMEON

Golpeo para sacudir el polvo del pasado. Golpeo para reanimar los colores antiguos.

Golpeo también para recuperar algo del olor de su cuerpo que quedó impregnado en las telas.

Algo del joven sudor delicioso de mi esposa.

Golpeo para recordar los brazos que ocupaban estas mangas,

los pequeños senos blancos, curvos, suaves que esta lana abrigaba,

las largas piernas blancas que protegían estos pantalones de paño azul a los que ella detestaba planchar después de lavarlos.

Llamo en vano.

¡Estrujo, golpeo, limpio, raspo, desempolvo, sacudo, pero llamo en vano!

Ya sea con la palma de las manos en la tela gruesa,
en la lana algodonosa,
en la franela lisa y liviana
en el corderoy,
llamo en vano.

Ya sea con los dedos de mi mano sobre la piel de cuello del sobretodo,
en la seda del corset armado y gris,
ya sea con los dedos de mi mano sobre las teclas suaves, manchadas y lisas del viejo piano que data del sitio de Washington,
llamo en vano.

¡Oh viejo marfil que data del tiempo en que los Ingleses sitiaron y recuperaron la ciudad de Washington
y la ocuparon!

Le dije al médico: "¡Salven al bebé! ¡Prioricen a la niña!". ¿Me equivoqué?

¿En el fondo de la penumbra, querida, querida, me guardas rencor? ¿Me lo reprochas? ¿Acaso son fundados esos reproches? Sufrías tanto.

Pero cuanto más lo pienso, cuanto más me detengo, cuanto más lo mastico, más me convenzo de que no tuve razón al decidir lo que decidí.

¿Por qué opté por tu muerte?

Sabes que te amaba mucho más que a nuestra hija. ¡Tendría que haberla dejado en tu vientre y elegir tu vida a la suya!

¡No te tendría que haber dejado desangrarte, ensangrentarte, gritar, sollozar y morir!

Te amo más que a mi hija.

Sabes que sólo te amaba a ti.

Sólo te amo a ti.

La luna se asoma detrás de la débil línea de luz.

Ahora el reverendo pone la mesa para "comer solo de a dos".

Coloca los platos, los cubiertos, los vasos, las servilletas.

Un mirlo entra en el escenario, proveniente del jardín.

SIMEON

Ah, te conozco. Eres tú el que imita tan bien al reloj. Eres el marido del mirlo hembra oscuro que hallé herido, una tardecita de otoño, cuando Rosemund aún vivía aquí.

Y ahora mi hija se fue con tu enamorada tan oscura como un castaño.

Él le ofrece el dorso de su mano.

El mirlo negro vuela hasta su puño y se aferra a la manga de su levita, donde clava su pico amarillo.

El reverendo lo devuelve al jardín.

El pájaro vuela en el jardín.

SIMEON

Voy a poner una mesa para dos. Así puedo comer contigo, esta noche.

O incluso puedo decir: A fin de cuentas, me gusta comer solo, a mi ritmo, cuando el sol ya se ocultó –y también me gusta hablar conmigo mismo.

A menudo, cuando lo pienso, me resulta muy interesante lo que me digo.

A veces me elogio: "¡Ah, Simeon, me digo a mí mismo, qué profundo es lo que acabas de decir!".

Me parece agradable aplaudirse un poquito.

Hace bien y tú lo aceptas, mi amor misericordioso.

El reverendo alisa el mantel, coloca los dos servilleteros sobre las servilletas planchadas.

Quita la tapa de cristal del botellón y sirve el vino.

Parte el pan. Distribuye los pedazos que ha partido al lado de los tenedores.

EL RECITADOR

En realidad, no sirve el vino, ni parte el pan, lo único que hace ese hombre de barba larga y blanca es soñar:

¿Oh, querida, cómo es posible?

Te vi arder en el horno crematorio del templo. Después vertí tus cenizas en el agua del estanque, en el fondo del jardín, detrás de la franja de los rosales.

¡Oh, querida, qué joven eras cuando moriste!

Tus mejillas eran suaves

y sedosas aún de la infancia.

¡Qué hermosa eras con tu lunar en lo alto del hombro!

Con tus largos cabellos negros y rojos que caían de pronto cuando, con los brazos desnudos y levantados, te desatabas el pañuelo,

y los derramabas sobre tu piel tan blanca.

¡Yo te vestí! ¡Yo te vestí!

No dejé que nadie se encargara de vestirte antes de exponerte al fuego.

¡Al final sólo quedan los dolores!

¡Al final sólo quedan los dolores!

¡Al final, en fin, en fin, sólo quedan los dolores!

Pues los mismos dolores son como caminos.

Son buenos caminos, son mejores caminos de lo que pensamos, los dolores.

¡Prodigiosos caminos embrujados!

Cuando uno pierde brutalmente a la que ama, se calla.

Pero aun cuando uno no diga nada, hay que ser capaz de decir cualquier cosa a cualquiera, la gente, los importunos, la familia lo exigen.

La gente habla y siempre habla demasiado. No amaban como uno amaba. Hablan hasta por los codos.

La gente se esfuerza por ser amable, pero ese esfuerzo espanta.

Uno sólo piensa en esconderse de ellos.

Uno no tiene ganas de compartir el dolor. Lo que más desea es escapar del parloteo fúnebre y de esos pobres recuerdos ajenos tan dudosos, tan egoístas, tan fuera de lugar, tan falsos.

¡Cómo odiaba la idea misma de un consuelo! La innoble idea de una condolencia.

¡Cuánto prefería el dolor!

Esto es lo que siempre he pensado en lo profundo de mí mismo: compartir el dolor es traicionar.

Uno tiene ganas de estar solo con los muertos, los dos solos,

enormes ganas de estar solo con los recuerdos, las imágenes silenciosas,

¡las infinitas delicadezas de la antigua presencia!

Uno desea hondamente, largamente,

contemplar en paz, en sus rasgos, el rostro interior que yace en lo profundo de uno mismo.

¡Oh, esa impregnación de la pregnancia devenida un fantasma!

Qué sereno placer recorrer de nuevo sus trayectos, uno por uno, totalmente, completamente,

hábitos, horarios, olores.

¡La sombría felicidad de revivir todo,

paso a paso, lo que vivimos hace mucho tiempo, codo a codo,

la vida cotidiana, humilde, impúdica, conmovedora!

Una vez que cae la noche, cuando ya todos se fueron, uno no se siente tan infeliz como los parientes o los amigos lo suponen.

Lo que en realidad se siente cuando uno vuelve a quedarse solo es una voluptuosidad triste y densa,

en la oscuridad, absolutamente solo con la persona que amábamos, a la que ahora podemos confiarle nuestro desasosiego en silencio.

Pues aún le hablamos a la mujer perdida.

La muerta, la que yo amaba, el olor, el sonido, el timbre, el cigarrillo, el cabello, el jardín, las tareas cotidianas a las que el jardín somete, todo eso constituía una buena compañía,

de la que mi edad me ha privado,

porque de los dos soy el único que envejezco ahora.

No es que uno puede ver la montaña porque las nubes se disipan.

Sino que ver de pronto la montaña recortada contra el cielo hace que la lluvia pare de golpe y que el oro del sol se derrame bruscamente en nuestras manos.

Pero no estamos felices por seguir vivos.

Lo maravilloso es que incluso en la muerte nos agarramos del brazo uno al otro.

Pienso que los sueños superan a las plegarias.

Uno abandona su silencio y se despierta llorando.

Los rituales son como restauraciones silenciosas en los que hay que estar solo para celebrarlos como es debido.

Esas liturgias calladas, taciturnas, son más fuertes, más eficaces, más irresistibles que las plegarias.

Son servicios en los que hay que estar muy atentos.

¡Pues los rituales y las manías son más fieles que lo fieles! Son festividades dolorosas y cargadas de tristeza, pero festividades al fin.

¡Porque hay que preparar el reencuentro!

Ahora el reverendo deja la mesa, va hacia el piano.

Simeon toma de la parte superior del piano la foto enmarcada con un crespón negro que retrata

a su esposa y pone boca abajo la fotografía contra la madera del piano.

El recitador mira al reverendo.

EL RECITADOR

A veces los recuerdos interrumpen la memoria.
A veces el alma está más viva que los rastros crueles.
A veces un rostro muerto querido repta sobre los rasgos de nuestra propia cara
y se demora
e incluso descansa.

Una mano avanza sobre nuestras manos y uno cree ver
los viejos anillos que brillan
entre los huesos de los dedos donde los ha deslizado.
Un dolor salta, por encima del tiempo, en el fondo del vientre,
como un gato en el espacio,
que es muchísimo mejor que el olvido.
Y, de repente, lágrimas que no son nuestras,
caen por nuestras mejillas sin que nadie las vea,
pero tú, tú, tú sabes que alguien de otro tiempo,
llora en lo profundo de ti.

El reverendo apoya suavemente su mano sobre el hombro del recitador.

Ahora él, Simeon Pease Cheney, toma la palabra, habla muy bajo, como si susurrara, en dirección al músico.

SIMEON

No hay que hablar de los muertos frente a los muertos.
Sus orejas oyen aún.
Los cantos que los afectan imantan sus recuerdos
y concentran todo el dolor en el fondo de la garganta.
Nada los sepulta de inmediato en la tierra.
Nada los consume del todo en la llama que se eleva.
Nada los sumerge completamente en las aguas donde la mano los esparce,
y los dispersa entre los nenúfares.

Hay que añadir a las aguas que fluyen los llantos que se derraman,
como el silencio a los cantos.
Como al aire el impulso del viento y a la vez el desgaste
o su lenta pulverulencia de óxido en el mango de los bastones y en los postigos de metal.
Así, un día, el olvido logra atraparlos,
el vacío se traga sus nombres
y el tiempo los disuelve.

Simeon Pease Cheney apoya las palmas de sus dos manos sobre los hombros del recitador, mientras que este último, sentado frente al teclado, comienza a tocar las obras escritas al día siguiente de la muerte de Eva R. Cheney.

SIMEON

Mi mujer, mi mujer,
la canilla del patio cierra mal.
¿Oyes el agua que cae
en la regadera que está cerca de la puerta
al lado del peldaño de piedra gris,
bajo la parra virgen? ¿Lo oyes? ¿Lo oyes?

El recitador deja súbitamente de tocar.
Levanta las manos en el aire oscuro, las muñecas dobladas.
No se escucha nada.

SIMEON

Y entonces la gota de agua, tan nítida, que cae en el fondo de la regadera,
cada vez que suena descompone una superficie sombría
donde proyectan
extraños reflejos que se rompen.

¡Ah! Exactamente así murmura el frescor,
en verano,
cuando la rana abandona su sombrero de hojas al final del crepúsculo,
y llama a su amor.
Así
el rocío perla las hojas al final de la noche.
Así las lágrimas,
mañana, tarde y noche,
no caen, no caen, sino que
se derraman
suavemente por las mejillas consumidas y la barba incipiente.

A veces las lágrimas se derraman
de los ojos de los viejos
sin que ellos sepan por qué.
Ella dicen:
Ya es mucho de ese día por hoy
Dicen:
Hoy es ahora
y no es ayer.

¡Cuánto he envejecido!
¡Qué poco has envejecido tú!

El reverendo ha vuelto a recoger la foto. Abre sus lentes de marco metálico. Los coloca sobre su nariz. Repite sus pobres frases.

¡Cuánto he envejecido!
¡Qué poco has envejecido tú!

Se toca la cara y se compara en la medida de lo posible con la foto que ve.
Como si el peso del pasado cayera entero sobre sus hombros, se agacha de repente,
se desploma al pie de la banqueta del piano, a los pies del músico,
como un niño,
siempre con la fotografía de su esposa Eva frente a sus ojos.

SIMEON

¡Qué hermosa eras!

EL RECITADOR

Mientras el reverendo Pease Cheney se pierde en el fondo de la foto de su esposa,
voy a hacerla regresar,
gracias a la melodía que él le había dedicado antes de que ella muriera.
Él había compuesto esta melodía
para el casamiento.
Ella tenía veintitrés años en esa época,
como en esa vieja copia

tan marrón como el sombrero de un hongo
y amarillo pálido como la cera de las abejas.

El recitador interpreta la antigua melodía en el piano.

Tratando de volver a colocar el cuadro derecho sobre el piano, el pastor deja caer sus lentes al piso.

Los busca en cuatro patas tanteando por el piso mientras su esposa aparece surgiendo de la línea luminosa que se esclarece.

Siempre en cuatro patas, Simeon P. Cheney encuentra sus lentes. Se incorpora no sin cierto esfuerzo. Pone una mano sobre una rodilla para apoyarse. Todavía de rodillas, irguiéndose, la ve sin comprender muy bien lo que ve.

Avanza de rodillas. Simeon P. Cheney se dirige de rodillas hacia la aparición de Eva R. Cheney.

Alza los ojos, tiende su mano, tiembla.

EL RECITADOR

Como una flor cortada sobre la repisa de vidrio del baño,
como una foto que el enamorado ha colocado en el estante de madera, cerca de la cama de la alcoba del amor,
ella permanece delgada y menuda en el marco de la puerta.

La joven madre muerta hace tiempo parece más transparente, más delicada,
pero también más luminosa de lo que era en realidad.
Incluso la madre parece mucho más joven que su hija viva.
En cambio, él está un poco encorvado,
casi viejo,
demasiado grande,
se incorpora torpemente, se endereza, se apoya contra el marco gris de la puerta.
Cuando se agarra del picaporte de porcelana fría, cree verla.
Cree verla, pero no sabe si se engaña cuando se da cuenta de lo que está viendo en realidad.
¿Cómo podría saber si se engaña cuando la ve?

Eva es más joven que Rosemund. Tiene veinticuatro años, encantadora. Cabellos voluminosos, sin lentes, por supuesto. La cintura definida y delgada. Postura sublime. Una capelina de calicó. Apenas se mueve.

SIMEON

¿Envejeciste pese a la muerte?

EVA

No creo. ¿Te parece?

SIMEON

¿Tiemblas?

EVA

Tiemblo un poco para imitarte, mi viejo amor. ¡Qué viejo estás! Me alegra verte.

Simeon se levanta.
Avanza.
Eva retrocede de pronto, como una joven que se asusta.

EVA

No me toques. ¡No me toques, mi amor!

SIMEON

¡No te vayas, Eva! ¡No te vayas!
¡No voy a tocarte!
Siéntate, Eva. En ese sillón. No voy a tocarte. Voy a buscarte algo para que bebas.

El pastor va hacia la izquierda. Abre la puerta del armario. Su cuerpo queda oculto tras la puerta que abre.

EVA

Ah, pero yo no bebo. Los muertos ya no beben.
Es triste, por cierto.
Ahora que me ofreces ese vaso
me parece que lo único que yo amaba en la tierra era beber.

SIMEON

Tampoco es que bebieras mucho, mi amor.
La jardinería, eso amabas…

EVA

¡No tanto! ¿Por qué lo dices?

SIMEON

No bien tenías la ocasión, corrías hacia afuera…

EVA

No tenerte siempre atrás, eso, ¿sabes?
es lo que me empujaba a salir.
Sí, iba al jardín.
Sí, salía corriendo, es verdad. Me escapaba hasta el estanque.
Amaba tanto estar sola cuando era soltera.

Cuando me convertí en tu mujer, también fumar me impulsaba a salir.

Es que te hacía toser y escupir sangre,

en tu barba que aún era rubia,

cuando yo fumaba en la casa.

Me acuerdo de que me enloquecían los cigarrillos provenientes de las Antillas

o de la isla de los indios arahuacos que llamamos Cuba.

SIMEON

¡Lo lamento, no tengo ahora en casa! Lo olvidé. Me lo reprocho. Tendría que haberlos conservado, comprarlos, para hacerte regresar.

EVA

¡Pero ya no respiro, Simeon!

Sólo tengo reminiscencias de ese extraño incienso que modifica el volumen de las cosas,

de esos minúsculos remolinos de humo blancos o amarillos,

de esos perfumes deliciosos,

de esas volutas que se volvían azules

y después inconsistentes,

de esas pequeñas cajas de cerillas con sus puntas de fósforo,

que chisporrotean y se rompen,
de cenizas que caen de repente.

SIMEON

Sabes, Eva, que el amor que te he profesado tal vez sea un pecado. Me hace bien hablar de eso.

Me diste una hija al morir. Pero me ha ocurrido que sólo tengo ojos para ti,
sólo te extraño a ti.

Por más que me esfuerce, no me interesa demasiado la hija que me dejaste al morir. Me lo reprocho, y ella también. Sin dudas, cierta consideración me lleva a preocuparme por ella de vez en cuando. Entonces, le escribo una carta breve. Pero no siento verdadera curiosidad por su vida. Ahora ha partido nuestra niña. Se ha convertido en profesora de piano y de canto en el colegio de señoritas de Meredith.

EVA

¡Si supieras lo poco que me importa mi hija, querido! ¡Ni te imaginas lo que las madres pensamos de nuestras hijas! Sólo quería ver qué había pasado contigo. Y descubro que piensas tanto en mí que me perturba. Que las almas amen, atrae…

SIMEON

Ven. Vamos a ver el jardín. Vas a ver cómo lo he cuidado.

EVA

Estoy tan débil que las piernas no me sostienen.

SIMEON

¿Te acuerdas del jardín, Eva?

EVA

No,
Ya ves, aparento, por amabilidad.
¡La verdad es que no me acuerdo de nada!
Ustedes, los humanos,
no tienen la menor idea
de cómo la muerte depura la memoria de un modo en que los vivos no comprenden jamás.
Son campos de batallas repletos de cadáveres.
Paisajes devastados. Huecos. Cráteres.
Ciudades en ruinas que forman una landa infinita.
¡Y todo está colmado de un gran viento inmóvil y sombrío!
Tengo que regresar ahora.

Ahora que he llegado hasta aquí, en el aire vivo,
en la luz que me encandila,
me duele que me veas. Me hace daño.

SIMEON

¡Quédate un rato más!

EVA

Cuánto cansa ser visible. Sólo vine a dar una vuelta.
¡Qué viejo está el salón!
Cómo cansa ser vista.
¡Cansa muchísimo ser vista! Tanto que te empieza a gustar la penumbra y el retiro.
Al final no es tan malo estar muerto.

Todo se vuelve negro de golpe.
Negro opaco.
No se ve nada.

EL RECITADOR

Se acerca a la mesa donde apoyaba la palangana de porcelana y el jarrón lleno de agua caliente a la mañana,
donde se aseaba,
donde se armaba su rodete atravesándolo con pinchos de punta de nácar,

donde se perfumaba en otra época,
donde se aplicaba suavemente la borla de su polvera.

Él se siente donde ella estaba sentada.
Con enorme sorpresa descubre en el espejo que el reflejo de la mujer que amaba sigue grabado ahí.
Entonces le habla sin sentirse cohibido.
El rostro le responde en voz baja, muy baja, pero audible.
¡Qué bella era la voz que surgía del reflejo de su cuerpo!
Era una voz que aún conservaba un tono infantil,
una voz aguda, medio penetrante, pero también medio apagada,
típica de las mujeres jóvenes que fuman.
–No me toques, te lo suplico. Vi tu gesto, le decía ella.
–Te deseo desde hace tanto tiempo, le decía él.
–Espera que me borre. ¿Sabes que los muertos siguen deseando en el otro mundo? Incluso, aunque no tengan cuerpo para gozar, les resulta doloroso desear sin gozar. Aléjate de mí, aléjate de mí si quieres saciarte. ¡Ay, Dios mío, ay Dios mío, qué triste es la muerte!

El reverendo está solo parado en la oscuridad.

SIMEON

De pronto en el medio del día parezco estar sumido en un sueño.

Capítulo IV

Rosemund Cheney lleva un sombrero de paja con un velo corto que flota en el aire sobre su rostro. Entra a toda velocidad en el escenario sobre una bicicleta.

Frena ruidosamente, se detiene de pronto, frente a la puerta ventana.

Mira en torno a ella, con un pie apoyado en el piso, sosteniendo su bici entre las piernas. Parece asombrada.

Apoya el manubrio de la bicicleta contra la puerta ventana. Saca del canasto el gran ramo de flores envuelto en papel traslúcido.

Entra por la puerta vidriada y coloca las flores sobre la mesa.

Va a colgar su sombrero de paja en el perchero.

Se quita los anteojos de sol.

ROSEMUND

Cuánta luz hay aquí.

Vuelve a ponerse los anteojos de sol sobre su nariz.

ROSEMUND

Qué raro que haya tanta luz en el salón.
Creo que nunca vi tanta luz en la casa de papá.

Toma el ramo de flores.
Con los anteojos de sol sobre su nariz y los cabellos largos que caen a los lados de su rostro, se acerca a la vasija en el borde del escenario.
Coloca el conjunto de flores en el suelo a lado de la vasija.
Sale afuera a buscar la regadera, vuelve con la regadera, llena de agua la vasija, deshace el papel traslúcido, acomoda las flores, y termina sentándose junto al ramo magnífico.

ROSEMUND

Estoy enferma de los oídos.
No me estoy volviendo sorda como Jane, que ahora esculpe en piedra.
Es peor.

Rosemund se quita de nuevo de su rostro los anteojos de sol.

Los pliega y los acomoda con cuidado, debajo de su pañuelo, en el enorme bolsillo de su vestido de verano de tela amarilla.

ROSEMUND

¡Me regalo flores!

Llegué a ese grado de soledad en el que me regalo flores cada vez que puedo.

Cuánto me hubiera gustado entregarme a alguien que me eligiera entre la multitud de jóvenes que hay en el mundo. Todas tratan de agradarles lo máximo posible a los hombres que se pasean bien afeitados y con sombreros. Él me habría visto. Me habría amado a primera vista.

–Soy yo. Soy yo, le habría dicho. Sí, sí, habría insistido. Tome este tesoro, porque soy un tesoro.

–Oh, claro, enseguida. ¡Qué bella es! Me caso con usted. ¡Cuidado! ¡Voy a poner en su dedo esta gruesa alianza de oro blanco! ¡Entre en mi casa!

Deja pasar un momento.
Arregla las flores.

ROSEMUND

He vuelto a la casa parroquial de mi padre. Mis oídos zumban, el sonido se distorsiona, ya no oigo las notas que surgen de las teclas del piano.

Únicamente esas notas que surgen de las cuerdas de acero del piano cuando los martillitos tapizados en fieltro las golpean y se desquician y se desfiguran. Poco a poco mis alumnos abandonan mis clases de música.

Vuelve a salir al jardín, con la regadera en la mano. La apoya frente a la puerta de la casa parroquial.

Regresa a su bicicleta, se inclina sobre el canasto, saca un paquete. Entra de nuevo, deshaciendo el papel de regalo con bellos motivos de colores que lo envuelve.

ROSEMUND

Acabo de comprar el libro que Mrs. Gaskell le ha dedicado a la vida de Charlotte Brontë.

Pero es a Emily a quien amo.

¿Ella también se regalaba flores? Si se regalaba flores, debía regalarse cardos.

No tenía loros ni canarios en su jaula sino un ave de rapiña que dejaba en el salón, frente a la chimenea. Se llamaba Hero. Tenía un perro, un dogo, se llamaba Keeper y dormía en su pieza.

A lo lejos se ve al reverendo Cheney llegar por el jardín, lento, viejo, arrugado, todo de blanco, levita de tela blanca, cabellos blancos, barba larga toda blanca.

Cuelga su sombrero panamá blanco cerca del sombrero de paja con velo de su hija.
Desliza su bastón en la base del perchero.

SIMEON

¡Qué bellas son tus flores, Rosemund! ¡Son narcisos!

ROSEMUND

No, papá, son junquillos.

SIMEON

Ya no veo muy bien

ROSEMUND

¿Quieres que te sirva una copa de oporto?

El reverendo extrae su reloj del bolsillo, se pone los lentes, levanta la tapa de plata, observa un rato largo las agujas sobre la esfera del reloj.

SIMEON

No, no tan temprano.

El reverendo va a sentarse cerca del recitador en la banqueta del piano y mira sin decir una palabra a su hija sentada en el piso frente al ramo de flores.

ROSEMUND

Tú ya no ves bien y yo tengo problemas de audición. Dime, papá, ¿qué explicación tiene? Es por lo menos extraño. ¿Por qué ya no oigo la música del piano? ¿Por qué únicamente del piano? Oigo perfectamente los cantos de los niños en la iglesia y los escucho con enorme placer.

Oigo los pájaros, el río que fluye y que arrastra sus aguas y que golpea contra la orilla.

Oigo la campanita de la verja que tintinea al fondo del jardín.

Me encanta la flauta que toca el niño de la costurera y mi alma escolta su melodía salvaje sin sentir el más mínimo problema.

Aprecio el sonido grave del saxofón en si bemol que acaba de inventar el señor Adolphe Sax y del cual la banda de Geneseo acaba de adquirir tres instrumentos para los desfiles.

Pero ya no escucho la música del piano.

Tuve que renunciar a la enseñanza. Todo se enreda en mis oídos, papá. Es un caos. El médico de Meredith dice que ya se me pasará. Y el doctor de Geneseo piensa que son imaginaciones mías.

El reverendo pivotea sobre sí mismo, apoya sus dos manos sobre la madera del piano, baja la mirada, contempla el teclado abierto, se vuelve hacia su hija.

SIMEON

¡Mira, Rosemund! Mira a tu padre.

No es una imaginación tuya. Yo *soy* el piano.

Y es verdad que el piano es mi vida, cada anochecer, cada crepúsculo que Dios me concede.

El piano es mi diario íntimo. No te he querido lo suficiente. Tu madre…

ROSEMUND

¡Basta con mi madre!

¡Te pido ayuda y de nuevo me remites a mi madre!

Escúchame, mejor. Voy a contarte exactamente lo que pasa.

Estoy sentada. La alumna que sigue se acerca y me entrega su libreta semanal, se sienta en el taburete, se alisa la pollera o se estira el vestido, pega sus codos contra sus costillas, dobla las muñecas, apoya los dedos sobre las teclas, empieza a tocar su fragmento.

Y entonces la melodía se aplasta en mí en una especie de angustia.

Algo se desarticula.

O mejor dicho, es como una especie de naufragio. Las notas se dispersan dentro de mis oídos. No se conectan. No se unen. ¿Cómo lo explicas?

El reverendo mira a su hija que lentamente se tapa los oídos con sus dos manos grandes y abiertas.

ROSEMUND

Y enseguida me da un ataque de pánico. También los dedos me queman. Tengo ganas de taparme los oídos. Tengo que hacer un esfuerzo para no taparme los oídos durante la lección. ¿Papá?

SIMEON

¿Sí?

ROSEMUND

Trata de tocar algo para mí. Para ver.

SIMEON

¿Qué? ¿Qué quieres que toque?

ROSEMUND

Lo que cantaba hace seis años ese mirlo negro que tú llamabas Clotho, que trataba de imitar el sonido de las aguas mientras yo intentaba tejerme un echarpe. Era tan conmovedor, tan gracioso.

SIMEON

Simeon gira en dirección al recitador, mira el teclado, levanta las manos al tiempo que el mismo intérprete levanta sus manos.

Simeon se apresta para tocar al tiempo que el intérprete se apresta a hacer exactamente lo mismo a su lado.

Justo en ese momento la campanita tintinea en la verja.

SIMEON

¡Anda a ver! Es el cartero ¡Anda a ver!

ROSEMUND

Voy.

De repente los dos se ponen muy serios. Rosemund se para, atraviesa la línea de luz, corre por el jardín, desaparece apurando el paso.

Vuelve lentamente al escenario con un paquete del tamaño de un grueso manuscrito en la mano.

Despliega la carta que contiene el paquete. La lee apenas.

ROSEMUND

¿Rechazó tu música?

SIMEON

Sí. Es el cuarto rechazo.

La oscuridad total invade el escenario.

Capítulo V

Se oye el cierzo.
Se oye un postigo que golpea.
Está oscuro.

EL RECITADOR

El invierno, otro invierno está aquí. Los huesos, ¡ay! ¡Los huesos y los ligamentos entre los huesos duelen cada vez más!

El esqueleto de un hombre anciano sufre –hasta gritar– cuando se siente y después cuando se estira extendiendo sus dos piernas hacia adelante, buscando reposo en el gran canapé frente al fuego de leña.

No enciendo la lámpara de petróleo, prefiero las llamas que crepitan. Las llamas que danzan son tan hermosas en el hogar. Hundo mis nalgas y mis vértebras en los almohadones, bajo las mantas frente a la chimenea, en la tibieza que surge de las brasas,

en la suave nube de calor cuya tonalidad es hermosa aunque no caliente demasiado en el fondo de uno mismo y nada en el fondo de la memoria.

En el fondo de mí ya todo está vacío.

Desde que terminé mi libro, estoy vacío.

Hice un bollo con el quinto rechazo en la jornada posterior al Día de Todos los Santos.

Anoté toda la felicidad y la felicidad fue tragada toda entera por el libro, y el libro de mi felicidad, mi libro de cantos silvestres, *Wood Notes Wild*, fue rechazado por todos a los que se los envié.

Por quinta vez fue rechazado.

Mi felicidad, mi amor, no era su felicidad.

El reverendo, sentado en silencio en el sillón enorme, con las piernas apoyadas sobre el grueso puf de terciopelo, mira atentamente su pulgar.

En el resplandor del hogar sólo se ve su pulgar en la penumbra.

SIMEON

Ahora el pulgar al doblarse le cuesta apoyarse sobre la tecla del piano. Ya no se desplaza, se desliza. Ya no presiona.

Las ramas ya no tienen hojas a lo largo de la verja que bordea el agua del estanque.

Releo la música que anotaba en otro tiempo sobre la mesa al lado de la cama cuando me desvelaba,

las noches de insomnio,
cuando transcribía a la luz de una vela,
el poderoso llamado del ruiseñor, el aria deliciosa del petirrojo, el grito desgarrador de la lechuza,
la lluvia, el viento,
la ráfaga de la borrasca y la calma repentina.

En la penumbra aparece Rosemund, que permanece sentada frente a la mesa.

Tiene puesta una pañoleta gris. Sus cabellos están anudados en trenzas. Su blusa blanca tiene un cuello alto. Está pelando porotos.

Rompe el extremo de las vainas.

De un lado el papel de diario desplegado; del otro, un recipiente gris.

Miss Rosemund Cheney, inclinada y tensa, llena el recipiente gris.

El recitador comienza a tocar Fauré, *Les Berceaux*, pieza dedicada a la señorita Alice Boissonnet.

EL RECITADOR

Exactamente en el mismo momento en que el reverendo Cheney componía *El perchero* de la casa parroquial dedicado a Eva, Gabriel Fauré componía *Les Berceaux*, que dedicaba a su joven alumna Alice.

Al lado del recipiente, Rosemund se pone a tararear sin que nadie la acompañe.

Después el intérprete acompaña a la joven a la manera de Cheney. Son unos poquísimos arpegios y mucho silencio en torno del canto tarareado con los labios cerrados.

(O bien Rosemund y yo, los dos sentados en la banqueta, tocamos a cuatro manos esa melodía tan triste, tan conocida, tan de moda por entonces. Esa canción de Sully Prudhomme, profundamente absurda, que en realidad es tan inconsciente y extraña.)

SIMEON

La música ha dejado de sonar en el ambiente ya que a mi hija le hace daño escucharla. Todo se vuelve un revoltijo en ella y le da miedo.

Apoyado en mi bastón, vago por el jardín helado. Ya no me atrevo a acercarme al piano. Ya no me atrevo a tocar.

La música tendrá que sonar sólo en el fondo de mi alma, como el reflejo de un canto que no floreciera en el aire.

¿Y tal vez Rosemund tendrá que pensar en revender el piano?

Dicho esto, ¿quién va a querer comprar un pobre piano recto adquirido en el año en que los

ejércitos norteamericanos, comandados por el general Jackson, combatían contra los ingleses,

los vencían, los rechazaban y los perseguían?

Los violines envejecen bien. Los pianos envejecen mal.

Los árboles frente a la laguna se yerguen desnudos, estrechos, raquíticos como niños de la guerra, como adolescentes hambrientos, en el aire brumoso y azul.

Tallos o ramas del cuerpo. Paja sin savia. Tristes rastrojos de las estaciones anteriores.

Tristes cardos muertos de cabezas azules súbitamente encanecidas.

Sí, la muerta está ahí y ahora avanza continuamente en el flujo de mi sangre.

¡Y con cuánto miedo la acompaño!

Y la extraña velocidad con la que empuja a todas las cosas en su extraño movimiento, en su flujo vigoroso, alrededor de un rostro que no vemos y que apenas recordamos, me apura, me arrastra.

¡Oh pobre cabeza peluda del cardo muerto!

La muerte todopoderosa escucha su cruel melodía, más animal que humana.

Esta capa de hielo que tiembla, que cruje bajo el peso de mi vida,

se agrieta y después se desprende en un invierno cada vez más helado.

¡Los fragmentos de mi existencia se parten exactamente como se parten los párrafos en la página de un libro rechazado!

¡Exactamente como se rompen o se resquebrajan verticalmente los pentagramas de una partitura cubierta de circulitos negros,

y que ya nadie hace sonar

que ya nadie canta!

Hija mía, los editores se tapan las orejas,

con sus suaves manoplas de cachemira,

con sus guantes de seda o de piel de cabra.

Los antiguos habitantes de Finlandia, o de Thule, o del Norte de Canadá, acostumbraban a decir: "Cuando el hielo es fino, hay que caminar rápido".

¿Pero por qué caminar rápido? ¿Por qué apurarse para llegar a la otra orilla?

Me quedo parado todo lo que puedo en la oscuridad en la orilla helada, barrosa y salvaje.

Prefiero la orilla de la muerte antes que la muerte, por muy tentadora que sea a veces.

¡Pues incluso la orilla que da a la muerte es sublime!

Ella, ella también, contempla.

Contempla el agua sombría que pasa.

Ella es tan profunda,

tan negra, lenta, amplia, vasta, casi silenciosa.

Yo la contemplo retrocediendo un poco en el barro.

La campanilla del cartero en la puerta del jardín. El reverendo Simon Pease Chenay se levanta con dificultad. Apoyándose en su bastón, va en busca del correo.

Vuelve con un paquete abierto en la mano.

SIMEON

¡Sexto rechazo!

De pronto la cara del reverendo se deshace en llanto.

SIMEON

Otro rechazo. Estos rechazos repetidos de mi manuscrito que contiene toda la música del bosque silvestre son como un rechazo de los dioses. Un rechazo de Dios.

(Habla bajo.)

Esos rechazos, ¿qué significan, Rosemund?

ROSEMUND

No te desanimes, papá. Ten paciencia.

SIMEON

¿El ánimo para qué? ¿La paciencia para qué? Pienso que el rechazo de lo que compongo tiene un sentido.

No lo comprendo.

Es el viento, son los pájaros, son los arroyos, son las gotas de lluvia en los árboles lo que están rechazando.

ROSEMUND

Escribiste lo que quisiste escribir.

No hay que buscarle el sentido a todo.

Poco importan las razones que esbozan los empleados de las editoriales en sus cartas distinguidas, desdeñosas, almidonadas y prudentísimas.

SIMEON

¿El título es bueno?

Notas del bosque silvestre…

ROSEMUND

Sí, el título es bueno. Muy bueno. Excelente, incluso.

SIMEON

¿Tiene algo de silvestre?

ROSEMUND

Sí, tiene algo de silvestre.
(Ella se calla, sueña.)

Tal vez haya sido la desmesura del amor que sentías por tu esposa lo que fue castigado.

SIMEON

Voy a decirte un secreto, hija mía. Jamás hay desmesura en el amor.

ROSEMUND

Papá, ¿por qué crees que Dios quiso que tu hija sufriera tanto?

SIMEON

¡Yo he odiado tanto tus llantos! He odiado tanto tu nacimiento, con las dos ceremonias entreveradas, el duelo, tu bautismo, toda la gente del pueblo estaba ahí.

Una masa infinita de personas que yo no quería ver se reencontraron, era como una multitud

electoral, lloriqueaban por momentos y de inmediato empezaban a reír, se felicitaban, se palmeaban las espaldas.

Todos se olvidaban de Eva.

Las condolencias resultaban pesadas; las muestras de cariño eran excesivas; las caricias, afectadas; los lagrimeos, incómodos. Mi familia política ejercía una presión que me repugnaba. A las familias les gusta más la reproducción que la muerte. Todos estaban alrededor de tu cuna. Tu madre ya no existía. ¡Incluso antes de ser incinerada y de descansar en una urna tibia, tu madre ya no existía! Hasta la madre de Eva –tu abuela– habría preferido que yo ya me hubiera consolado. De veras pensaba que tu llegada al mundo borraba la muerte de su hija. Te lo juro: le daba igual la muerte de su hija porque tenía una nietita rosada, gritona, gritando, aullando hasta reventar los tímpanos de todo el planeta.

Dios –y es un sacerdote ordenado quien lo dice–, Dios no estaba ahí.

No, Dios no estaba ahí cuando la mujer que yo amaba murió.

Y ella, además, no estaba *tan* muerta como todos suponían.

Rosemund, siempre soñando despierta, sin mirar a su padre. Habla bajo.

ROSEMUND

¿Y yo no *tan viva*, entonces? ¿Nunca realmente viva?

SIMEON

Sí, puede ser.

ROSEMUND

Nunca *nacida del todo* para ti, papá.

Un largo silencio, triste e incómodo, se impone.

SIMEON

Sin duda, mi niña, nunca nacida del todo en mi vida. Tal vez tengas razón.

De hecho, todo esto me ha sumido en un hastío profundo y en una larga desesperación.

Sin dudas, me he rehusado durante mucho tiempo a la conmiseración de mis parientes, a las efusiones de mis amigos, a la buena voluntad de los feligreses, a la ayuda importuna de los feligreses, a su disposición para ocuparse de todo, a la bendición del obispo…

Di un paso atrás. Abandoné a Dios. Me refugié en el jardín.

En este jardín donde la maravillosa naturaleza ha ocupado todo el espacio.

Y ahora en este jardín "sonoro": me refiero a este libro que nadie quiere. Esta partitura extraña que todo el mundo rechaza.

Largo silencio.
Largo silencio que se humilla.
Simeon eleva su rostro hacia el cielo.

SIMEON

¡Oh, no me rechaces,
tú que estás en el fondo del cielo,
sustancia oscura de la noche!

¿Dónde está tu rostro, Señor,
si no en la sustancia oscura de la noche?

¡Basta un grito
para que haya una plegaria!

Para que se eleve la invocación basta un sollozo sofocado
en las plumas de pato y los plumones de oca que rellenan la almohada,
ridícula compañera de la noche solitaria.

¡Incluso el nombre de una muerta es una especie de grito, como un pájaro que canta!

Incluso el nombre de una muerta es una plegaria que modula y que resuena...

La campanita del cartero tintinea en la puerta del jardín.

Rosemund envejecida vuelve desde el jardín, le entrega la correspondencia a su padre, quien despliega la hoja brillante de su navaja y abre el sobre.

SIMEON

¡Séptimo rechazo!

Sonríe, coloca la carta en su bolsillo. El bolsillo de la levita ya está lleno. La saca a todas.

De entre todas las cartas de rechazo de los editores, extrae una hoja de papel doblada en cuatro.

SIMEON

¡Rosemund!

ROSEMUND

Sí.

SIMEON

¿Tienes un tiempo?

ROSEMUND

Sí, papá.

SIMEON

Entonces, siéntate, hija mía.

El reverendo despliega temblequeando el papel que sacó de su bolsillo.

SIMEON

Quiero leerte el nuevo sermón que me he propuesto decir el domingo.

¡Vamos, siéntate querida!

El reverendo se coloca los lentes de metal sobre su nariz.

Rosemund se sienta en una silla, de espaldas al público, mientras que el reverendo permanece parado en medio del salón de la casa parroquial.

Alisa con el dorso de la mano la hoja de papel.

Lee con un tono algo solemne. Modula en exceso el texto de su sermón como si estuviera parado frente a la reja del coro, parado sobre los escalones que llevan al altar, y como si se dirigiera a sus feligreses.

SIMEON

La naturaleza es más profunda que los miles de dioses que nacieron de ella en otros tiempos.

La naturaleza se sostiene en el fondo de Dios.

Pues es lo que fuimos antes, los gatos, las musarañas, las mariposas, las abejas, las flores –nos consuela de todo.

Es nuestra fuente que nos consuela cuando lo contemplamos.

La mujer que he perdido la recuperé en la fuente, en el interior de sus piernas largas y pálidas,

en la fuente profunda.

¿Quién no se protege en el origen?

El verdadero nombre de Dios es el comienzo.

El comienzo comienza antes que el propio Dios…

ROSEMUND

¡No es posible, papá! No es conveniente.

¡No quiero que hables así de mamá!

No es posible. ¡Es un sermón impío!

SIMEON

Es el sermón que voy a decir. Insisto. Lo adornaré con versículos de la Biblia y sonará todo muy dogmático. (Un silencio.) Para complacerte, sacaré

la frase que habla de tu mamá. (Un silencio.) ¡Sabes que creo en lo que digo!

El reverendo retoma la lectura de su sermón.

SIMEON

Sí, había un jardín, situado en el este del mundo. Cuatro ríos lo cruzaban...

La oscuridad total invade el escenario mientras que el intérprete ejecuta la partitura del Simeon Pease Cheney dedicada al *Primer jardín*.

Capítulo VI

Simeon apoyado sobre su gran almohada blanca bordada.

Sobre el respaldo de la cama, está encendida la lámpara.

Simeon, torso desnudo, barba completamente blanca, está convaleciente.

Rosemund teje a su lado.

Simeon abandona la partitura llena de notas que tenía sobre sus rodillas.

Se saca los lentes.

SIMEON

¡Puedes dejar de tejer!

No tengo ni fuerzas para componer ese concierto de agujas que escuchaba de niño.

EL RECITADOR

Debajo de la ventana, en el antepecho, cuando era invierno, cuando había nieve, cuando las

flores de escarcha se adherían a los vidrios con sus encajes simétricos,
con sus árboles mágicos,
con sus flores encantadas,
cuando era inconcebible sacar un pie afuera,
la madre de Simeon, hace mucho tiempo, hace tantísimo tiempo, tejía nerviosamente,
mirando la nieve por la ventana escarchada.
Producía un breve ruido metálico hipnótico,
crepitaba como un insecto tenaz
que construía con paciencia un suave y grueso tejido de lana.

SIMEON

¡Mamá! ¡Qué buena camiseta hubiera sido en el torso de un niño muerto!
¡Una mortaja infantil tan blanca como la escarcha,
que me impide ver bien la silueta del árbol en el patio!
¿Por qué nací? Dediqué lo esencial del tiempo de mi vida a componer un libro que ahora me llena de vergüenza.

ROSEMUND

Déjame tomarte el pulso.

El reverendo le tiende su mano.

ROSEMUND

Está bien.

SIMEON

Menos mal.

Rosemund retiene la mano y la muñeca de su padre.

ROSEMUND

Papá, deberías haber escrito una melodía sobre tu pulso.

SIMEON

No te burles.

Apoyando su pulgar sobre su propia muñeca, ella misma se toma el pulso.

ROSEMUND

No deja de ser un antiguo canto sublime.

SIMEON

¡Muéstrame!

El reverendo se inclina y le toma el pulso a su hija.

SIMEON

Sí, es verdad. Es sublime. Palpita, pero además, algo circula en el fondo y no cansa.

Algo empuja, confluye en lo profundo de nosotros y quiere decir algo.

Rosemund aparta delicadamente su mano para mirarse un dedo.

Levanta el anular.

Y se inclina muy cerca del rostro de su padre. Le muestra su dedo desnudo.

ROSEMUND

¡Mira!

SIMEON

No veo nada.

ROSEMUND

Mi dedo está un poco hinchado.

SIMEON

Sí, tal vez. Es cierto. Un poco.

ROSEMUND

Papá, mi dedo reclama un anillo.

SIMEON

¡Tu dedo reclama un anillo!

ROSEMUND

El anillo de mamá.

Hay un largo silencio, pesado, que se dilata.

SIMEON

Por supuesto, por supuesto, hija mía. Abre la puerta del armario. En el estante más alto. ¡No, más arriba aún! ¿No llegas?

ROSEMUND

No alcanzo.

SIMEON

Ve a buscar una silla o sino arrastra la banqueta del piano. Es el cofre forrado de terciopelo marrón. De gamuza marrón.

Rosemund va a buscar una silla.

ROSEMUND

¿Qué es la gamuza?

SIMEON

La gamuza es una tela tersa, como una piel rasurada, muy bien rasurada, casi aterciopelada... No sé cómo explicarlo. ¡Habría que preguntarle a mi madre!

Rosemund se baja de la silla, acariciando el antiguo cofre de gamuza. Se lo da a su padre.

Él lo abre con dificultad o ceremoniosamente o un poco contra su voluntad.

No importa, extrae el anillo de pequeño estuche de seda.

Coloca el anillo en el dedo de su hija. Rosemund está tremendamente emocionada. Es una rara boda entre el padre y la hija.

El rayo de luz se posa en la mano de la joven y el anillo fulgura.

ROSEMUND

¡Qué hermosa alianza!

SIMEON

Sí.

ROSEMUND

Gracias, papá.

Rosemund se levanta para inclinarse por encima de la almohada. Besa a su padre en la mejilla cubierta por la barba blanca.

El escenario se apaga suavemente.

Sólo las velitas del piano de 1815 iluminan apenas un teclado ahora sin partitura.

EL RECITADOR

Él murió el 10 de mayo de 1890. El pasado refluye con los días que se acumulan, arranca violentamente las algas de las mareas más grandes, arrastra los caparazones, erosiona los fragmentos, deshace los huesos de jibia blanquísimos,

amontona la arena que produce.

Es necesario comprender ese mundo.

Cuando el pasado refluye, se reduce.

Entonces, cuando el pasado refluye del todo, el océano ha partido,
los muertos son felices,
la franja de arena del mar está vacía y brilla como en el primer día.
Húmeda, bordeada por la espuma, refleja el cielo.

Rosemund se fue a enseñar en el pequeño puerto de Nueva York.
Le parece que le dijo, antes de morir, estrechándola entre sus brazos delgados:
–Te amo, hijita.
Cada vez más bajo:
–Te amo, hijita.
Le parece que ella le respondió:
–Papá, voy a regar el jardín.
Él suelta su bastón. Es una mala señal.
Sí, él ha soltado su bastón
–Papá, voy a regar el jardín.

ROSEMUND

A lo largo del muelle, las grandes barcas que el oleaje inclina
se balancean en silencio
como las cunas que mecen las manos de las mujeres.
Llega el día de los adioses.

Y ese día las grandes barcas, alejándose del puerto que se reduce, sienten que las retiene
el alma de las cunas lejanas.

Capítulo VII

Verano, tormenta, un relámpago en el cielo.

EL RECITADOR

Hace mucho calor. Es un agosto tórrido. Cada atardecer regurgita tormentas. Ayer la laguna se desbordó después de la lluvia y ha inundado los juncos hasta el borde de la morera.

Los mirlos saltan entre las sombras de los árboles y buscan gusanos.

Hace tanto calor que las moscas revolotean sobre las cómodas y sobre el teclado de marfil ahora inútil.

Rosemund Eva Cheney abandonó el piano definitivamente.

Se fue de Nueva York. Volvió a su pueblo natal. Ahora enseña violonchelo y canto en el colegio de señoritas de Geneseo.

Tres años pasaron como un día.

Hace tanto calor que para ir a la escuela del pueblo, Rosemund, de cincuenta años, bordea la sombra de las paredes, con las partituras enrolladas bajo el brazo.

Incluso las mariposas duermen, escondidas bajo las hojas gruesas de las enredaderas.

Los listones del piso ya no crujen en el calor del verano y el dolor del duelo.

No obstante, algo se mueve entre los pliegues de la cortina.

Algo se asoma por la ventana abierta.

En otro tiempo, se desvestía solo,

tanto calor hacía en el silencio, en el sopor de la siesta.

Se desnudaba completamente,

se deslizaba en el agua opaca y densa de la laguna.

Se siente bien, está tibia. Apoya la cabeza canosa sobre la espuma.

Hay algo más antiguo que uno en ese estanque, ese minúsculo cañaveral, ese gorrión que lo custodia, esas plantas de menta,

esas moras negras,

algo sereno, líquido, suave,

algo un poco muerto tal vez, aquí,

en todo caso algo no demasiado vivo, no demasiado ruidoso,

que no está frío –medio tibio,
algo cuya morfología está más cerca de los pájaros que de los hombres,
algo que canta apenas,
en el pico,
que se desliza entre los juncos como una onda
que deja una estela mínima,
que corre como la araña livianísima por la superficie del agua que sus patas no penetran,
que busca su parte de polen caído de la luz que el cielo expande.

Tanto para el cielo,
para lo anterior que está en el cielo,
como para los enamorados que entran en la habitación oscura tomándose de las manos,
con sus cuerpos temblando ya ante la desnudez inminente,
el número dos no existe.

En la barca,
un remo misterioso reposa solitario en la oscuridad
y permanece en el fondo de madera húmeda
sin penetrar en el agua inconsistente.

El poema aprendido de memoria, gracias a una, dos o tres modificaciones, le hace señas a la mujer amada.
–Pues las mujeres deben llorar.

–Entonces, eres tú.

–Se balancean, se balancean en silencio. Sí, soy yo, mi amor.

La hiedra imposible de arrancar que crece sobre la tumba,

cuanto más la arrancamos, más la cortamos, más la podamos, más gruesa se vuelve, y más oscura, polvorienta, sofocante, densa.

Esa hiedra es como el tiempo.

Grita:

"¡Yo asfixio, asfixio!

¿Cuándo terminará el abrazo?".

¡No sólo la hiedra que huele tanto a la miel espesa, cristalizada, deliciosa del otoño!

¡Ni la madreselva, realmente gigantesca, que no deja de crecer por encima del porche!

¡Ni la glicina, tan lenta, tan tardía,

que cuelga, que absorbe la verja en su base, que envuelve con sus pesados racimos las paredes que encierran el vergel,

todo es abrazo y lazo, entrevero, nudo, maraña, caricias!

Sólo tú te has vuelto transparente,

tú, cuyo rostro no se borra pero empalidece, se decolora, se vacía,

se reduce,

se aleja, se aleja.

Como un caparazón sobre un peñasco que se vuelve gris,
después blanco como la tiza,
bajo el sol
en la franja de arena que abandona el mar,
como la antigua enredadera sobre el muro musgoso del jardín
cada vez más nudosa, retorcida, estrangulada,
sigue adherida a su amor.

Recuerdo que el día de nuestro casamiento, al salir de la iglesia, los dos campaneros de Meredith, que tenían quince años, salieron corriendo e hicieron sonar las campanas con una fuerza increíble.

Los sonidos repercutieron bajo los aleros de tejas,
volaron sobre el musgo,
se curvaron en la sombra de las bóvedas.

La pureza increíblemente violenta de los sonidos de las campanas me estremece de los pies a la cabeza.

Me hace temblar el corazón.

Eva con su enorme vestido blanco bordado y con cintas blancas, y yo,
con mi levita negra, el sombrero de copa en una mano,
los dos nos estremecimos de punta a punta, al unísono.

¡Y aunque no era más que un carillón de tres notas, también era una serpiente,

una culebra de felicidad que reptaba por nuestra espina dorsal hasta el cuello y nos cerraba la garganta!

Las dos terceras en *sol* y la resonancia sobre la piedra antigua

y el olor fresco de las tejas y del campo trazan amplios círculos sonoros alrededor del cortejo que forman las dos familias que avanzan hacia la iglesia.

Toda la gente empezó a caminar lentamente, paso a paso, oprimida tal vez por un miedo, por un extraño presentimiento.

Amplios círculos no tan fuertes pero cada vez más amplios, cada vez más alegres, sumergen a los hombres y a las mujeres. Tres notas en tercera: *re si sol.* Tengo ganas de arrodillarme cuando entro al pórtico, frente a la pila de agua bendita de mármol.

Eva, Eva, no sé lo que sientes. ¿Por qué tiritas a mi lado?

Aun cuando los muertos han concluido su muerte,

ves,

hace falta tiempo para que su historia pertenezca al pasado.

¡Pero son muchos los muertos que no han completado toda su vida mientras vivían!

Por eso hay que contar muchas veces el relato de su fin antes de que el recuerdo que han dejado se disperse.

Hay que secarse muchas, muchísimas veces, las lágrimas de la cara

antes de que la cara se borre.

Levanta los ojos del teclado de marfil. Mira la puerta que no se abre. Ha dejado de tocar.

Y lo que ahora escucha es el roce de un vestido de seda, mientras mantiene las manos alzadas en el débil fulgor de las velas.

–Ay, que real es esa sombra con la que comparte su vida,

y a la que a menudo se dirige,

para hablarle de la belleza de las cosas del mundo,

y de los diferentes momentos de las estaciones a los que compara con los recuerdos que ella le relata.

–¿Me he vuelto loco? ¿Estoy enfermo de la vista? ¡Me parece ver a mi esposa que resucita entre los muertos!

Llora. Tiende sus manos hacia esa luz intensa, con prudencia.

–¿Me he vuelto loco?

–Sí, mi amor, le dice ella con dulzura. ¡Sí, por suerte, te volviste loco!

Ella lo toma en sus brazos con delicadeza.

Sus vientres se tocan.

¡Vean cómo sus vientres se tocan y cómo tiemblan!

Pero él no siente nada.

De pronto todo se dispersa en el aire.

Ante sus ojos no ve más que las teclas de ébano más altas y entre ellas una espantosa palidez parecida a la del agua.

Un día, en una aldea situada en los Finger Lakes, un pastor dedica sus momentos libres a anotar el canto de los pájaros, por lo mucho que ama a su mujer y a los rastros que ella dejó en el jardín que ha cuidado, plantado, imaginado, esperado. Los fieles se alejan con cierta acritud de su pastor que prefiere sus florcitas y su muerta antes que los pecados y el miedo que ellos sienten. Los feligreses se reúnen y se lo reprochan en una carta firmada por la mayoría: "Usted se interesa más en la naturaleza que Dios ha concebido que en los hombres que ha creado". Cuida muy bien las flores, los gorriones y las garzas de su laguna, pero descuida a las mujeres de nuestra comunidad que tanto sufren por estar solas, las viudas que le imploran una tras otra su visita y su consuelo, los pobres que aguardan su caridad, los culpables y los angustiados que necesitan su absolución y demandan sus oraciones.

Cuando descubren los cantos de los tordos y de las aves canoras que transcribió a lo largo de

toda su vida, el susurro de las corrientes de aire, esas gotas punzantes en los baldes, los musicólogos no pueden contener la risa. Los naturalistas se encogen de hombros. Los críticos fustigan la pobreza del resultado. "¡No es música! La música es humana. La música se compone. ¡Lo que el reverendo Simeon Pease Cheney anotó sobre los pentagramas no son más que crujidos de insectos, golpes de puertas y tintineos insistentes producidos por la pérdida de una canilla!" ¡Es tan fastidioso como el rumor monótono de las olas del mar!"

En un momento son los eruditos quienes acusan a Simeon Pease Cheney de forzar a las melodías silvestres a que entren en la notación arbitraria de la escala humana.

En otro momento son los amantes de la vida natural y del aire libre quienes denigran su esfuerzo.

Y en otro momento son los ecologistas quienes le recriminan: "Encerró a los pájaros en una jaula", le dicen a ese muerto de mejillas hundidas y de larga barba blanca de patriarca puritano que simplemente había prestado un poco de atención a la belleza de los sonidos del origen.

El obispo de Nueva York deplora "el desagradable salvajismo" (*unpleasant wildness*) del pastor de Geneseo. Los feligreses quisieran que lo echen, pero no lo consiguen. Los editores de música se niegan a publicar sus partituras.

Pues el reverendo ha alegado. Se ha justificado.

Escribió: "Algo de paraíso se oye en el canto de los pájaros. Dios no condenó a los pájaros en el Edén".

Capítulo VIII

La luz es azafranada y gris.

El salón parece más limpio y más frío, como en un departamento pintado por Hammershøi.

EL RECITADOR

La hija del pastor había empezado a aumentar los ingresos de su padre dándoles clases de solfeo, con la ayuda de una pianola, a los niños del pueblo que lo deseaban.

Más tarde reemplazó la pianola por un cello. También cambió las clases de piano por lecciones de canto.

La hija del pastor reaparece más vieja, más lenta, a la derecha del escenario. Luce un vestido encorsetado y negro de viuda. Se ata en una trenza los cabellos grises y blancos, la cual mantiene despejada su frente pálida.

Una gorguera de encaje.

Un hermoso anillo de oro brilla en su anular.

Acaba de publicar de manera póstuma el libro de su padre, al que completó con las últimas melodías escritas por él.

De manera póstuma, como Charlotte Brontë, quien veinte años antes publicó los poemas de su hermana Emily,
ella hizo publicar el libro del padre rechazado por todos.

El recitador se vuelve hacia Rosemund Eva Cheney.

EL RECITADOR

Se te ve feliz.

Rosemund lo mira atentamente.

ROSEMUND

Siento que algo ha salido de mí y eso me pone feliz.
Los ríos cambian curiosamente de nombres a lo largo de su trayecto.
Mi padre ha relevado el amor que mi madre sentía por este jardín. Asumió esa carga durante toda su vida, ahora soy yo quien debe cuidarlo, y me emociona.

Él retomaba la voz de su esposa. Seguía minuciosamente sus indicaciones. Se subordinaba a las antiguas predilecciones de ella por sus flores mimadas.

En cambio yo sigo la larga barba blanca y los ojos pálidos de mi padre.

Vuelvo a escuchar los comentarios interminables que me hacía cuando yo era una niña pequeña que apenas se sostenía sobre sus piernas. Me aturdía su gruesa voz grave de predicador.

Aquí, papá decía: sólo hay que humedecer con un poco de agua el agujero en la tierra durante la noche.

Allá, había que regar despacio, despacio, para no ahogar las hojas inferiores de las plantas y así no se pudran.

Aquí, cavando alrededor de la raíz, uno puede inundar la tierra con agua todo lo que quiera y volver a echar más.

Aquí, hay que tener paciencia de ir a buscar, después la pala, para cavar una canaleta por donde derive el agua y pueda llegar a todas las raíces vecinas.

Aquí, mira Rosamund, humecta bastante.

¡Mira, papá, yo también tengo los ojos llenos de lágrimas!

En el puerto de Nueva York mis ojos brillan de avidez y de deseo,

pero los hombres me esquivan como a la peste porque le parezco demasiado distante.

Yo era una raíz seca.

Soy una raíz que el desprecio de un hombre, que era su padre, ha secado.

Los hombres no aman a las jóvenes desapacibles ni, menos aún, a las desgraciadas.

Quisiera llorar a mares. Agarro la regadera. Riego los pensamientos, las anémonas, las dalias,

las pobres amapolas que vinieron de vaya saber dónde, les echo un poco de agua,

la pobre borraja azul, las arvejillas de olor contra el viejo muro que cierra el estanque,

riego un poquito las rosas, muy poquito, lo justo para que la tierra no se queme bajo el calor.

Vierto suavemente el agua, la sombra, y el canto en el canto.

Miss Rosemund Cheney vuelve a partir. Se mete entre los paños negros de los telones que rodean el escenario.

Vuelve con una silla plegable y la abre frente al escenario. Parte de nuevo. Vuelve con su violonchelo y su pupitre. Luce un bonete de lana que hace que su cara se vea flaca y pálida, ansiosa y desnuda. Un collarcito de perlas auténticas rodea su cuello que el tiempo ha arrugado. Se sienta en la silla pleglable, coloca el violonchelo entre sus muslos, lo afina, abre la boca y se apresta a cantar. Se acomoda. Comienza a interpretar, con ímpetu,

en pizzicati, la melodía de *Berceaux*, de Gabriel Fauré.

Luego silencio.

Después canta, muy despacio, en voz alta, acompañándose mínimamente, tal como hubiera hecho su padre.

EL RECITADOR

En 1895, a las once de la mañana, el 22 de octubre, tres policías impiden el paso por la callejuela que conduce a la parroquia de Geneseo. La temporada de otoño es triste. Hay muchas nubes. No hace calor. Unas veinte personas con sobretodos invernales o con capas asisten a la ceremonia de develamiento de una placa sobre la puerta de la casa parroquial, redactada por pedido de su única hija, profesora de violonchelo y de canto, Miss Rosemund Eva Cheney, en homenaje al reverendo Simeon Pease Cheney, nacido el 18 de abril de 1818, en Meredith, New Hampshire, muerto en esa casa el 10 de mayo de 1890, pastor, compositor de música y ornitólogo de Nueva Inglaterra.

Gastando todos sus ahorros, Rosemund Eva Cheney logró publicar por su propia cuenta el libro de su padre, con una hermosa fotografía de medio cuerpo de su padre, como frontispicio, en la universidad de Cambridge.

Rosemund abrió una silla plegable en la vereda –hecha con pana a franjas verticales muy finas,

casi una gamuza– frente a la puerta de entrada y los dos escalones. Extrajo la pica. Colocó el instrumento entre sus rodillas. Verificó el afinado.

Algunos feligreses de la parroquia forman un círculo en torno a ella, hacen silencio y la observan con respeto y compasión.

Las notas pellizcadas se elevan.

Después ella se aclara la voz y surge el canto.

Al mismo tiempo se oye en el escenario crecer la tormenta.

De pronto está muy oscuro.

Rosemund toca, completamente absorbida por la música de su padre que ella interpreta lo mejor que puede.

Justo en ese momento estalla la tormenta de truenos.

Oscuridad total rasgada por relámpagos que encandilan.

EL RECITADOR

Ahora la lluvia comienza a caer suavemente sobre toda la gente mientras ella canta Las estrofas de los pájaros, de Simeon Pease Cheney, acompañándose con el violonchelo. De pronto, diluvia. Con violencia. Llueve a mares. Los paraguas se abren en pocos segundos, pero la lluvia es demasiado fuerte, los feligreses no resisten más, se alejan corriendo por las callejuelas. Soplan ráfagas

de viento. Rosemund Eva Cheney se mete llorando en la casa parroquial protegiendo todo lo que puede la madera de su violonchelo.

La silla plegable de pana con franjas tan finas, tan suaves, tan sedosas, de gamuza verde,

se queda sola
en la vereda
mojada.

Dentro de la casa parroquial, con su violonchelo en la mano, al reparo, Rosemund mira por el ventanal las ráfagas de lluvia que vienen del mar.

Los violentos flashes de luz dan la impresión de un negro absoluto cruzado por iluminaciones, tempestades, relámpagos, tormenta.

Brusca detonación particularmente fuerte.

ROSEMUND

¡Oh, un arco iris!

En el fondo del jardín se dibuja un arco iris.

Rosemund apoya en el piso su violonchelo y corre hacia el fondo del jardín.

Rosemund, en el fondo del escenario, en el fondo del jardín, cerca del estanque, de espaldas al público, contempla el arco iris.

El reverendo llega a la izquierda del escenario desde la verja, sostiene entre sus manos el libro publicado, entra en la habitación por la puerta ventana, coloca su sobretodo en el perchero.

El recitador se levanta a la izquierda, cuelga su saco en el perchero.

El recitador recita; es decir hace mímicas.

Los dos hacen mímicas de todos los gestos desde el principio, los gestos cotidianos.

El reverendo cierra su libro.

El recitador cierra y acomoda las partituras.

Simeon y yo somos como mimos silenciosos.

Bajo una luz intensa quedamos frente a frente.

Completamente reflejados uno en otro.

Nos ponemos los abrigos, nos sacamos los abrigos, nos ayudamos mutuamente, los colgamos del perchero. Nos apartamos uno del otro haciendo exactamente lo mismo. Soy yo el que imita de modo desfasado todo lo que hace Simeon.

El reverendo Simeon Pease Cheney, viejísimo, se acerca a su sillón, se sienta en su sillón, tamborilea sobre sus rodillas.

Yo, también viejísimo, me acerco a la banqueta del piano, me siento en la banqueta de cara a Simeon, y tamborileo en mis rodillas, mirándolo.

Durante un rato largo, ambos tocamos una música silenciosa mientras oscurece despacio.

Rosemund vuelve lentamente, vemos el arco iris que persiste en el cielo, en el fondo del jardín,

ella entra en la casa parroquial, avanza por el salón, nos toma de la mano, nos guía hasta el borde del escenario, y los tres saludamos en silencio.

Índice

Prefacio, 7
Capítulo I, 13
Capítulo II, 27
Capítulo III, 51
Capítulo IV, 83
Capítulo V, 93
Capítulo VI, 109
Capítulo VII, 119
Capítulo VIII, 129

La presente edición de *En ese jardín que amábamos* de Pascal Quignard se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2021 en Primera Clase Impresores, California 1231, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

"El reverendo Cheney es el primer compositor que anotó todos los cantos de pájaros que escuchó trinar en el jardín de su parroquia, durante su ministerio, en los años que van desde 1860 a 1880.
Anotó hasta las gotas de la cañería mal cerrada que caían en la regadera apoyada sobre los adoquines de su patio.
Transcribió hasta el sonido particular que hacía el perchero del pasillo cuando el viento se embolsaba entre los pilotos y los abrigos invernales.
Me hechizó esa extraña casa parroquial que de pronto se volvió sonora y fui feliz en ese jardín animado por el amor que un hombre sentía hacia su mujer desaparecida."

P. Q.